VALERIA CRISTINA

LA ROSA PERFECTA

Ella amaba las plantas. Él amaba arruniar sus noches.
Y una carta lo cambó todo.



LA ROSA PERFECTA

Valeria Cristina

© Valeria Cristina, 2026

Todos los derechos reservados

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas.

Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora.
Cualquier semejanza con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Queda prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, a través de cualquier medio — tangible o intangible — sin el consentimiento por escrito de la autora.



Sinopsis

Más allá de las flores y los jardines, Sara sentía pasión por su abuelo. Un hombre íntegro que la crió rodeada de amor y dedicación. Seguir sus pasos sería la manera ideal de demostrarle su gratitud. Sin embargo, sus convicciones se verán puestas a prueba cuando ella aparezca en el lugar adecuado, pero en el momento equivocado.

Índice

Sinopsis
Capitulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15



Capitulo 1

Sara se pasó el dorso de la mano por el rostro bañado en lágrimas. Notó la mancha negra que había dejado el rímel. ¡A prueba de agua, un cuerno! El pensamiento, desconectado de la ocasión, formaba parte de su mecanismo de defensa.

Cuando era niña, sobre todo en los momentos en que le caían las reprimendas, la técnica la transportaba a tantos mundos imaginarios que, a veces, su madre necesitaba algo más fuerte que un ligero carraspeo para devolverla a la realidad. Exactamente como estaba haciendo el abogado que tenía enfrente.

— Señorita Sara, ¿está prestando atención? — La confianza concordaba con los años dedicados a la familia Tisiros. Dos generaciones deshechas en un abrir y cerrar de ojos. En realidad, en varios parpadeos, para ser más honestos.

Él miró fijamente a la niña —ahora mujer— sentada al otro lado de la mesa. Hombros caídos, la mirada puesta en el regazo, el cabello liso ocultando sus verdaderos sentimientos.

Me va a dar trabajo, reflexionó el hombre de apariencia solemne y bigotes con las puntas hacia arriba.

—Sí. Sí. Puede continuar...

La inconsolable mujer de veinte años dejó de lado el diálogo mental que mantenía con la vendedora de la tienda de cosméticos

para centrar su atención en el rollizo amigo de la familia. *Tiene que cuidarse más, debe de tener el colesterol alto*. El autorreproche por el desvío mental llegó casi al instante. Erguió el cuerpo y forzó su mente por el camino solicitado.

—Resumiendo, lo has heredado todo. Desde la remota cabaña de vacaciones en la isla privada de la familia hasta la presidencia de la cadena de restaurantes. —El doctor Castelo bajó los documentos para visualizar a la heredera más reciente de una fortuna con varios dígitos después de la coma.

Sara respiró hondo. Tanto tiempo encerrada en aquella sala, escuchando los últimos deseos de su abuelo, para descubrir lo que ya sabía. No quedaban más parientes vivos — o técnicamente cercanos y dignos de la confianza del señor Vargas.

Primogénita de padres fallecidos, Sara había sido criada por su contradictorio abuelo: riguroso con las reglas, pero de corazón blando ante la mirada triste de su nieta. Hija única, al igual que su padre, Lauro, no tenía tíos, primos, amigos íntimos ni siquiera algún pariente de segundo grado.

Claro que, por parte de su madre, Bárbara, la historia era otra. Allí, Sara tenía una gama de personas mezquinas e interesadas. Sin embargo, el señor Vargas se encargó, desde el casamiento de Lauro —cuando todos creían que se trataba de un ingenuo trabajador asalariado—, de alejar los malos augurios.

Una historia bonita. Repleta de acontecimientos típicos de películas románticas: mujer se enamora del camarero; la familia rechaza el intento; ellos huyen y se casan; ella es desheredada; para después descubrir que el joven del delantal blanco, siempre mugriento, hacía investigaciones de campo para su padre en el restaurante de la familia.

— Aún no he terminado la carrera. Y estoy casi segura de que no estoy capacitada para asumir la presidencia.

Sara habló con la voz más serena que pudo. Adueñarse de aquel papel estaba trazado para ella. No tan pronto, claro. Mucho menos por voluntad propia. No obstante, su sentido de la responsabilidad y la gratitud por el cariño recibido de su abuelo la habían guiado en la elección de su profesión: Administración. Cuando, en realidad, la Botánica era su pasión. Plantas, tierra, fertilización, flores... cualquier cosa, siempre que sus uñas estuvieran manchadas de tierra y las palmas de sus manos marcadas por las espinas.

— No se preocupe, señorita. Su abuelo pensó en todo. El consejo seguirá tomando las decisiones hasta que usted asuma el cargo. Él me entregó un poder, dándome facultades para intervenir en caso de que surja algún problema más grave. Además, por supuesto, de que usted también puede ejercer su derecho en el momento que considere más oportuno. —Sara se relajó contra el respaldo de la silla.

El doctor Castelo se llevó los dedos a los ojos, apretándolos. La migraña estaba lista para tomar el relevo.

— Entonces... —Sara se levantó. Todo resuelto. Era hora de regresar a la seguridad de su habitación y llorar la pérdida de su mejor amigo, concluyó. *Tengo que llenar el depósito de gasolina del coche, que no se me olvide*. — Como esa parte ya está acordada, tengo una petición que hacer.

Las lágrimas habían cesado, pero el corazón permanecía apretado por la nostalgia. Las imágenes de los últimos días de su abuelo se mezclaban con los recuerdos vividos a su lado. Bromas, regaños, abrazos afectuosos y risas al final de la noche. Amor y atención incondicional —aunque el señor Vargas tuviera que quedarse hasta altas horas escuchando las quejas de su nieta y esquivando consejos sobre chicos.

— No puedo quedarme más tiempo en esa casa...

El abogado asintió con la cabeza. Una petición que ya imaginaba. Le envió un mensaje a su esposa, avisándole de que

llegaría más temprano. Iría en taxi, ya que uno de sus ojos solía desenfocarse cuando el dolor era intenso.

— Está bien, Sara. Él también había previsto ese deseo tuyo. — Castelo sacó un sobre del cajón y se lo entregó. Notó las uñas marrones. *Otra vez ayudando al jardinero*, concluyó.

—Ni siquiera después de... —Sara se aclaró la garganta, cogió el documento y esbozó una sonrisa forzada. —Él no pierde la oportunidad de demostrar su propia astucia.

Castelo imitó el gesto. El señor Vargas era demasiado listo para su propio bien.

—En este sobre está la dirección de un apartamento que forma parte de la herencia. Tu abuelo mandó arreglarlo a principios de año. Tal vez necesite una buena limpieza y algunos muebles más. Está cerca de tu facultad, es de fácil acceso, en un buen barrio. A diferencia de donde vives ahora, en este lugar los gastos correrán por tu cuenta. Pero creo que no habrá problema, pues tu abuelo también dispuso que tu asignación fuera modificada para cubrir todas tus necesidades.

Sara no se avergonzaba de recibir un salario — alias, paga—. Era una nieta excelente: hacía trabajos voluntarios, ayudaba a su abuelo en los trámites burocráticos cuando él se llevaba trabajo a casa, trabajava como investigadora de campo en los restaurantes y, para que él se sintiera orgulloso, no derrochaba dinero ni tenía ni un ápice de esnobismo en el cuerpo.

—Gracias. —Guardó el documento dentro del bolso de tela amarillo.

—¿Cuándo piensas mudarte?

—Tal vez mañana. Así tendré tiempo para organizar mis pertenencias.

Lo antes posible sería la respuesta correcta. Sin embargo, le pareció mejor ocultar su desesperación. *Se me olvidó lavarme el*

pelo hoy.

Ocultando sus verdaderos sentimientos, Sara se levantó y le tendió la mano al abogado. El vestido largo de verano, estampado, crujió con el movimiento de sus largas piernas.

Castelo rechazó el saludo formal. Dio la vuelta a la mesa y abrió los brazos para acoger a la niña que vio crecer. Cinco centímetros más alta que él, Sara apoyó la barbilla en el hombro protegido por el traje y suspiró profundamente. Nada de llanto. Ya es suficiente por ahora. Ahuyentó as lágrimas.

—Sé que está en el testamento, pero, independientemente de las cuestiones jurídicas, quiero que me llames si necesitas algo, Sara. Cualquier asunto. ¿Entendido? —Él se apartó para mirarla a los ojos azules, empañados por la tristeza. Vio el dolor en cada ángulo de su rostro ovalado. El brillo se había deslizado de su sonrisa, perdido en las circunstancias de la vida. Sus padres, su abuela, su abuelo... ¿Cuántas pérdidas más podría soportar una chica de apenas veinte años sin convertirse en una persona amargada?

—Descuide.

Sara le dio un beso en la mejilla fría al abogado. Sonrió sin ganas y se dirigió hacia la salida. Hora de hacer las maletas e irse al nuevo apartamento.

Le huele mal el aliento, fue su pensamiento al salir de la oficina.



Capítulo 2

Dejar el hogar en el que se había criado los últimos ocho años le sangraba a Sara un poco más en el corazón. Y el hecho de que la mansión tuviera escondites ideales para una preadolescente que adoraba escapar de los criados y de su abuelo, y perderse en internet *stalkeando* a los chicos más interesantes del colegio, no llegaba a rozar los verdaderos motivos de su dolor.

Sara estaba sola en el mundo. Literalmente. Hija única, de hijo único, de hijo único... una familia reducida a un solo individuo. «¿Cuál era el problema de los Tisiros con respecto a la cantidad de niños?», se preguntaba ella. ¿Falta de dinero? Imposible. Tenían solvencia económica para costear tanto los estudios como las niñeras. ¿Cuestiones estéticas? Podría ser, pero el dinero solucionaría los pechos caídos y los vientres flácidos. ¿Escasez de amor? Ni de lejos se planteaba esa posibilidad. Todos eran muy cariñosos. «Te quiero», «mi amor», «mi vida»... formaban parte del vocabulario cotidiano.

—Tal vez sea la falta de tiempo, Sara. Debido al exceso de trabajo... —Vargas analizaba las cartas que tenía en la mano. Jugar a la *tranca* con su nieta era uno de sus pasatiempos favoritos—. Siempre fuimos muy rigurosos con las provisiones para el futuro de la familia. No queríamos que nos faltara nada. Y no lo digo como un esnob, sino como una persona que vio a sus padres en situaciones precarias.

Sara conocía la historia de su abuelo cuando era niño. El hambre, el hogar deshecho por la falta de dinero, la educación deficiente. Una vida dura de la que juró mantenerse bien alejado en cuanto consiguió su primer empleo como auxiliar de limpieza en un restaurante.

—Entiendo esa parte, abuelo. Pero ¿de qué sirve tener tanto dinero si no se aprovecha? —La nieta revisó los juegos descartados por su abuelo. Vio posibilidades de ir a por el «muerto» antes de que todo se derrumbara.

—Tú puedes aprovecharlo. —El empresario se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz. Mentalmente contó los puntos que había conseguido con la canasta. Otra ronda fácil, concluyó. Su nieta era pésima en los juegos de cartas.

—Sola no tiene ni gracia ni mucho sentido. —Sara buscó una salida. Vargas solo tenía dos cartas en la mano. Ya había aniquilado su «muerto» y corría en busca del cierre. Lo miró a los ojos, iguales a los suyos tras los cristales. Estaban descansados, se dio cuenta. La enfermedad le había dado una tregua.

—Tal vez tengas razón, pero, por desgracia, no podemos cambiar el pasado. Te corresponderá a ti llenar esta casa de niños. Quiero muchos biznietos. —En su rostro, un semblante inocente antes de dar la última noticia—: ¡Cerré!

El sonido de unos golpes en la puerta logró apartar a Sara de los recuerdos dolorosos. Sí, su abuelo tenía razón en cuanto a que ella tendría muchos hijos. Nada de soledad en su camino, se prometió. Pero lo de llenar la casa de biznietos, esa parte se quedaría solo en deseos. Vargas no conocería a los hijos de su nieta.

—No sé por qué tanta prisa. Podrías haber dejado esta mudanza para mañana —comentó Tereza al entrar en la habitación. En una mano traía un vaso lleno de limonada fría. La bebida favorita de Sara.

La joven aceptó el gesto de buen grado. Bebió dos largos tragos y sintió cómo el dulce mezclado con la acidez del limón calmaba su garganta.

—¿Y por qué no hoy mismo? —Sara se dio la vuelta para enfrentarse al armario abarrotado de ropa, pues no sabía cómo explicar su ansiedad por salir de aquella casa.

Tereza comprendía, en parte, aquella prisa. Demasiados recuerdos, demasiada nostalgia con la que lidiar.

—¿Has cogido todo lo que necesitas? —Resignada, el ama de llaves acomodó una blusa verde que había sido lo último en entrar en la maleta.

—Lo básico. No tengo ni idea de cómo es el apartamento, así que solo me llevaré lo esencial. Después mandaré a por el resto.

Recoger sus pertenencias, desde el momento en que llegó del despacho del abogado, le había costado una buena dosis de su bienestar. Echar un vistazo a cada rincón de la casa le pesaba en el cuerpo. Las lámparas de araña bien pulidas y peligrosas para manos descuidadas; demasiadas alfombras coloridas e innecesarias, en su opinión. Mármoles, piedras raras, porcelanatos que, en cualquier otra casa, podrían dar un ambiente frío, pero que en la mansión Tisiros no pasaban de ser instrumentos para resbalar con calcetines gruesos. El cuarto de adolescente que albergaba pósteres de sus bandas favoritas, perfumes cítricos, peluches —que aumentaban su crisis alérgica—, la cama *king size* adornada con la colcha de *matelassé* lila... detalles y más detalles que dificultaban la tarea de organizar la maleta y adelantaban su partida.

—Me empeño en llevarte yo, pequeña Sara. —Era una deliciosa contradicción el cariño expresado por la señora. Al fin y al cabo, de pequeña la nieta del señor Vargas nunca tuvo nada—. Así puedo ayudarte con la organización. Un poquito con la limpieza. Quién sabe, ¿pasar unos días contigo? Claro, si no es molestia.

Sara miró los ojos ansiosos de Tereza. Vio la tristeza que la señora de cabello gris, con toques blancos, intentaba ocultar. Tantos años de cuidados, deshechos porque ella no podía quedarse allí sin que los recuerdos la asfixiaran. Por más que la imagen de aquella señora la remitiera directamente a su abuelo, concluyó que, de la misma forma en que ella sentía una necesidad imperiosa de escapar del hogar roto, tal vez el ama de llaves también necesitara lo mismo.

—Me encantaría. Pero ¿se quedará bien el señor Jonas solo? —Sara se sentó en el baúl a los pies de la cama. Allí dentro, en el fondo, bajo capas y más capas de reliquias de la infancia, una carta envuelta en un delicado papel de regalo descansaba lejos de su vista.

—¡Ah, por amor de Dios! Ese hombre me vuelve loca. Son casi cincuenta años aguantando sus quejas. Estoy segura de que a ambos nos encantaría un descanso. —El ama de llaves ordenaba lo poco que estaba fuera de su sitio. Miró de reojo el bolso de tela amarillo —un regalo que ella le había hecho a Sara el año anterior— sobre la cama y sintió el aroma cítrico que venía del baño.

Un comentario fingido, reflexionó Sara. El amor entre esa pareja estaba escrito en las paredes de la casa. Casados de toda la vida, con tres hijos adultos, dos nietos pequeños y otro en camino, habían construido su familia trabajando para los Tisiros durante más de veinte años. Siempre presentes en cada cumpleaños de Sara, en las fiestas escolares e involucrados en la evolución de la niña triste a esta mujer sabia, los Fonseca poseían varias páginas del diario de a bordo de la vida de Sara.

—Vale. Bueno, me voy —Sara cerró la maleta. Después se alisó el vestido largo. Paseó la mirada por el espejo de cuerpo entero, buscando su reflejo. El cabello suelto le caía por la espalda. Se pasó los dedos por el flequillo, que ya estaba largo, apartándolo de la cara. Nada fuera de su lugar, concluyó. Solo el corazón...

Tereza, que odiaba las despedidas y conocía la forma en que Sara esquivaba los sentimientos tristes, no le dio importancia a nada

cuando se dirigió hacia su nieta postiza y la abrazó con todo el amor que llenaba sus poros.

—Te echaré de menos, pequeña.

Sara le devolvió el abrazo. La barbilla sobre la cabeza del ama de llaves. Apretó aquel cuerpo blandito que olía a hogar y a amor. *Tengo que comprar compresas*. Permitió que Tereza desahogara su dolor durante unos segundos. Y, aun caminando hacia su mundo imaginario, un pensamiento le vino a la mente.

—Como ya no voy a vivir aquí, ¿qué pasará con vosotros? —Una pregunta sencilla, mas que debería haber hecho antes de sugerir el cambio de hogar. ¿Y si perdían sus empleos por su culpa? ¿Cómo podría ayudarlos? ¿Desde cuándo se había vuelto tan egoísta?

—No te preocupes... —Tereza se apartó y se limpió el rostro con el delantal negro. Los ojos rojos e hinchados combinaban con el nudo en su estómago. «¿Por qué tiene que irse?», se preguntó—. Tu abuelo...

—Sí, él ya tomó medidas para eso, ¿verdad? —Tal vez de ahí venía su despreocupación por el futuro de ellos. Sara cogió el bolso. Se lo puso al hombro, buscando en la habitación algo indispensable.

—Sí. Castelo nos dijo que nos quedaremos aquí hasta que se complete el inventario. El después aún es una incógnita, pero, de todas formas, Jonas y yo ya estamos jubilados. Quién sabe si no será el momento de parar y cuidar de nuestros nietos.

Ambas se quedaron paradas una frente a la otra. En el rostro de Tereza, la tristeza amenazaba con nuevas lágrimas. En el de Sara, lo imaginario ocultaba su dolor. *¿Me depilé las piernas hoy? ¿Voy al supermercado antes o después de ir al apartamento? El jardinero tiene que regar las plantas mañana muy temprano, antes de que apriete el sol. ¿Metí el hilo dental en el neceser?*

—¡Venga, vete ya! —Tereza se desprendió de aquellos ojos azules. Pasó a su lado y levantó el asa de la maleta, arrastrándola

fuera de la habitación. O las lágrimas regresarían—. Tengo una casa que limpiar.

Por suerte, o por puro plan de Jonas, él no estaba presente cuando Sara acomodó el equipaje en el maletero. Al igual que su esposa, el señor de barriga prominente —a costa de mucha tarta de banana— odiaba las despedidas. Pero ¿qué podía hacer? Jonas vio a la niña crecer, la hizo sonreír para ahuyentar la melancolia por la pérdida de sus padres, le enseñó a conducir... ¿cómo podría simplemente darle una palmada en el hombro y decirle: «Sí, puedes irte. ¡Déjame aquí, no pasa nada!»? Pasaba, y mucho. No obstante, prefirió no demostrarlo. Al menos ante nadie.

Sin embargo, Sara sabía cuánto le dolía su partida a aquella pareja. Y el pensamiento: *¿a cuántos kilómetros tengo que cambiarle el aceite al coche?*, sirvió únicamente para huir de la imagen que vio en cuanto cruzó el portón de la propiedad. Jonas escondido entre los árboles, limpiándose el rostro con su pañuelo de bolsillo.



Capítulo 3

Al estacionar el coche sencillo frente al edificio, un largo suspiro escapó de los labios de Sara. En el maletero, algo de ropa, accesorios, el portátil y el unicornio antiguo —regalo de su padre por su octavo cumpleaños— componían su equipaje.

Buscó el sobre dentro del bolso y comprobó el número del lugar. A través del cristal, evaluó la fachada. De ladrillo visto, tres plantas, ventanas marrones, sin conserjería —solo una gran puerta maciza de cristal con cerradura electrónica e interfono—; el edificio le recordaba a las casas antiguas que había visto en una de sus visitas a Nueva York. Buscó una entrada de garaje, pero no la encontró.

«¿Qué lugar es este, abuelo?».

No combinaba en nada con la extravagante mansión de los Tisiros. «¿Tendrá ascensor?», se preguntó. Y, por más que la sencillez formara parte de su personalidad, la falta de un jardín visible, donde pudiera alimentarse de la energía de la tierra, hizo que cuestionara su decisión de abandonar su antiguo hogar.

Decidida —y al mismo tiempo resignada—, bajó del coche con el bolso amarillo colgado al hombro. Decidió recoger el equipaje después de echar un vistazo al apartamento. Calzada con sandalias planas, caminó hasta la entrada. Marcó los números escritos en las instrucciones y escuchó el sonido agudo que desbloqueaba la cerradura.

Entró en un vestíbulo libre de adornos. El espejo rectangular, con el nombre del edificio grabado en letras cursivas, confirmaba la dirección correcta. Un sofá verde militar de dos plazas aguardaba turno. Al igual que la única planta que decoraba el ambiente.

Como un imán, dos pasos la llevaron directo al grande y opulento jarrón de madera ennegrecida. El corazón se le llenó de alegría, pero se vació a la misma velocidad en que sus dedos tocaron la imitación bien lograda de una *Yucca*. Lindas y artificiales, las hojas largas, rígidas y puntiagudas —con bordes serrados— le robaban la vida al lugar.

Sara cuestionó la elección —de la persona que la había puesto allí— de lo muerto sobre lo vivo. «¿Por qué poner plástico si lo natural es esencial para nuestra existencia? ¡Tengo que arreglar esta mierda!».

Decidió dejar el asunto de la planta para otro momento y seguir su camino. Buscó un ascensor. Lógicamente, no lo había. Por un ínfimo instante, amagó con quejarse. Sin embargo, como odiaba los gimnasios, aceptó subir los tres tramos de escalera como parte de sus ejercicios diarios.

Subió peldaño a peldaño, lentamente. Como si se estuviera preparando para un enfrentamiento. Y, en cierto modo, era exactamente eso. Sus nuevos días y nuevas responsabilidades transformarían su sencilla rutina —ir a la facultad, cuidar el jardín, entregar trabajos y preocuparse por su abuelo— en complicaciones que solo lograría evitar durante un año más. Al fin y al cabo, sus estudios estaban en la recta final.

A medida que las pantorrillas le dolían por el esfuerzo, el sonido de una guitarra llegó a sus oídos. Los mismos acordes se repetían, como si estuvieran siendo ensayados. Sara agudizó el oído mientras buscaba personas transitando por las plantas u otros ruidos que no fueran aquel intento casi torpe de tocar el instrumento.

Sintió el aroma a café y se tranquilizó. Un poco más y se habría instalado la duda de si era la única inquilina.

Al llegar a la segunda planta, incluso con las pausas, reconoció la melodía. *Nothing Else Matters* formaba parte de su lista de reproducción mientras cavaba en la tierra.

—Un año más de práctica y lo conseguirás —le dijo al eco del pasillo.

No es que fuera una experta en el tema. Pero, por lo que había oído hasta entonces, la conclusión de la pieza parecía lejana.

Evaluó el espacio. Cuatro puertas oscuras, dos a cada lado, se miraban de frente. Dos extintores colgados delimitaban el pasillo. El suelo de granito, bajo diversos felpudos de entrada —*Welcome*; No olvides limpiarte los pies; ¿Has traído la cerveza?—, le arrancó una sonrisa.

«Aquí tengo un adelanto de los tres vecinos», pensó.

«El mío debe de ser el que no tiene felpudo».

El dueño detrás de aquella frustración llamada «estoy aprendiendo a tocar la guitarra» residía tras una de aquellas puertas. «Creo que es el de la cerveza», concluyó.

Abrió el bolso y comprobó la numeración: 20.

Unos pocos pasos la llevaron directo al número descrito en las instrucciones. Buscó las llaves. Tal vez el de la «guitarra» fuera su vecino de pared, ya que el sonido seguía siendo fuerte —e irritante.

Se quedó mirando la pequeña placa plateada, pensando en la ironía del destino: aquel era el número exacto de *flamboyanes* enanos que había plantado en su antigua casa. Uno por cada año de su vida.

Introdujo la llave en la cerradura cromada y la giró. La guitarra se detuvo por un instante.

Uff.

Por poco tiempo. Los acordes volvieron, enérgicos.

Bajó la manilla e intentó abrir la puerta. Tuvo que hacer un poco de fuerza; parecía atascada. Cuando lo logró, una ráfaga de aire la pilló desprevenida. El aroma a limpio, a recién duchado, acarició sus mejillas.

Un paso adelante. Dos.

Hasta que la melodía cesó abruptamente. Al igual que su larga silueta.

—Ah...

Sara se quedó mirando al hombre sentado, con la guitarra entre las piernas, buscando un razonamiento perdido entre la sorpresa y un toque de pánico.

—Pero... cómo...

En el rostro del intruso, la misma perplejidad lo golpeaba. Pensó en exigir explicaciones. Sin embargo, el semblante atónito de la joven elegante que había interrumpido su ensayo aportó un toque de alegría al día que había comenzado gris.

Sara debería haber hecho mucho más que balbucear palabras inconexas. Comprobar la dirección por enésima vez. Llamar al abogado. Mejor: a la policía. Gritar pidiendo socorro. Bajar las escaleras corriendo. Huir.

Pero el conjunto de lo que tenía delante —ojos fijos en los suyos— impidió cualquier discernimiento.

—No sé tú, pero yo nunca he sido muy bueno en este juego de a ver quién parpadea primero.

La voz potente recorrió el apartamento hasta envolver a Sara.

Ella parpadeó.

El intruso sonrió.

Si Vargas hubiera estado presente, diría que su nieta era pésima en cualquier tipo de juego.

Sara irguió los hombros. Apartar la mirada de aquel rostro bien definido sería lo correcto. No obstante, el hombre lucía una complexión digna de examen. El aroma que sintió al entrar combinaba con el cabello húmedo y despeinado. El pecho desnudo, los hombros anchos, armonizaban con el calor que asolaba las calles.

Con seguridad tendría sueños eróticos durante unas cuantas noches.

Y, lógicamente, le miró las piernas libres de ropa. Era uno de los criterios esenciales para una chica de casi un metro ochenta y dos: hombres altos, impertinentes y seguros de sí mismos.

—¿Quién eres? —preguntó con firmeza.

—Igor...

—¿Qué haces en mi apartamento?

—¿Tuyo? —La duda se filtró en cada palabra.

—Sí, mío.

—Debe de haber algún error.

Su sonrisa era peligrosamente blanca y perfecta. Sara ignoró los dedos largos que acariciaban las cuerdas.

«¿Por qué no lleva ropa?».

—No hay ningún error. Tengo las llaves.

—Hoy en día eso no significa nada. Cualquiera puede hacerse una copia.

La despreocupación con la que se encogió de hombros le provocó a Sara una inquietud mezclada con indignación.

—Tengo el código de entrada.

—Tampoco me dice nada. Puedes haber aprovechado que salía algún vecino.

Ella entrecerró los ojos.

—He recibido las instrucciones del abogado de la familia Tisiros.

El nombre cayó en la estancia como una pesada pieza de dominó.

Igor cambió ligeramente de postura.

—¿Tisiros?

—Sí. Este apartamento me ha sido cedido. Hoy.

Él frunció el ceño. Se levantó. Y, al levantarse, confirmó lo que sus piernas ya habían prometido: alto. Muy alto.

Sara le sostuvo la mirada, incluso cuando él acortó la distancia entre los dos.

—Curioso —dijo él, con la voz ahora menos ligera—. Porque yo también he recibido las llaves hoy.

Silencio.

La información no tenía sentido.

—Eso es imposible.

—De acuerdo contigo.

Los dos permanecieron quietos, evaluando el absurdo.

—¿Con quién hablaste? —preguntó él.

—Con el doctor Almeida.

—Yo hablé con un tal Rodrigo.

Sara se pasó la mano por el pelo.

Claro. Está claro que algo iba mal.

—¿Tienes contrato?

—Lo tengo.

—Enséñamelo.

Él señaló con la barbilla hacia la encimera de la cocina.

—Está ahí.

Ella vaciló un segundo. Entrar de lleno en su apartamento —o en el de ella— parecía cruzar una línea invisible. Pero la cruzó de todos modos.

El documento estaba abierto. Su nombre completo. Su firma. La fecha de hoy. Todo legítimo.

—Esto no tiene sentido —murmuró.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

Ella sacó el móvil del bolso y marcó al abogado. Tono de llamada. Tono. Buzón de voz.

Respiró hondo.

Igor se cruzó de brazos, ahora menos provocador y más atento.

—Parece que te va a dar algo.

—No me va a dar nada.

—Genial. Porque no sé hacer la reanimación cardiopulmonar.

Ella lo miró fijamente.

—No tienes ninguna gracia.

—No estoy de acuerdo.

La tensión bajó unos grados. Solo unos pocos.

Sara caminó por el espacio. El salón era sencillo. Organizado. Un sofá gris, una estantería pequeña, la guitarra apoyada en la pared. Nada allí parecía improvisado.

—¿Ya has traído tus cosas?

—Algunas.

—Yo también.

La mirada de ambos se dirigió hacia la puerta.

Silencio otra vez.

—Así que, oficialmente, compartimos el mismo problema —concluyó él.

Ella soltó una risa corta, sin humor.

—Yo no comparto apartamento con extraños.

—Yo tampoco. Especialmente con extrañas que entran sin llamar.

—¡La puerta estaba cerrada!

—Estaba en la ducha. Quizá no lo oí.

Aquello explicó el olor. Y el pelo mojado. Y el pecho desnudo.

Ella desvió la mirada.

—Podrías estar vestido.

—Estaba en mi casa.

—En nuestra casa, por lo visto.

Él la observó un instante más de lo necesario.

—¿Siempre eres así?

—¿Así cómo?

—Combativa.

—¿Y tú siempre eres así?

—¿Así cómo?

—Irritantemente tranquilo.

Él sonrió.

—Solo cuando estoy confundido.

Otro intento de llamada. Nada.

Sara cerró los ojos un segundo. Pensó en su abuelo. Pensó en la mudanza. Pensou que huir ahora sería de cobardes.

Cuando abrió los ojos, estaban decididos.

—Bien. Hasta que solucionen este lío, nadie se va.

—Trato hecho.

—Cada uno en su espacio.

—Justo.

—Y reglas.

—Ah, me encantan las reglas.

—No tocar mis cosas.

—No tocar las mías.

—Nada de fiestas.

—Ni siquiera tengo amigos suficientes para eso.

Ella arqueó una ceja.

—Y te pones una camiseta.

Él se rió.

—Eso es negociable.

Ella se cruzó de brazos.

—No lo es.

Un segundo. Dos.

—Está bien —cedió él, levantando las manos—. Camiseta.

Sara asintió, demasiado satisfecha para alguien que acababa de descubrir que estaba atrapada en un error contractual con un hombre absurdamente atractivo.

—Voy a por mis maletas —anunció.

—¿Quieres ayuda?

—No.

—¿Estás segura? Son tres pisos.

Ella ya estaba en la puerta.

—Odio el gimnasio.

Él inclinó la cabeza.

—Entonces considéralo entrenamiento funcional.

Ella casi sonrió.

Casi.

Abrió la puerta, salió y bajó las escaleras con el corazón acelerado —y no por el esfuerzo.

Algo allí iba mal.

Pero también se sentía... vivo.

Y, por primera vez desde que había dejado la casa de su abuelo, Sara sintió que quizá el destino no se había equivocado de dirección.

Quizá había sido demasiado preciso.



Capítulo 4

Sara le pagó al cerrajero en cuanto terminó el trabajo. Aunque Igor le había devuelto su copia de la llave, el recuerdo de su afirmación sobre entradas furtivas la hizo decidirse a cambiar el bombín de la cerradura.

Con la maleta aparcada al lado derecho y las compras al izquierdo, aprovechó el primer momento a solas para evaluar el ambiente.

El apartamento esbozaba una premisa perfecta. Libre de ornamentos ajenos, la nieta de Vargas visualizó las posibles transformaciones que surgirían con el tiempo. Lógicamente, en todas las imágenes, las plantas, macetas y hojas componían el escenario.

El sofá de tres plazas, apoyado contra la pared blanca, se escondía bajo una sábana azul marino manchada. En la esquina opuesta, una mesa de cristal con cuatro sillas en tono cerezo dejaba espacio abierto para alfombras, cojines coloridos, cuadros y *puffs* bien centrados.

Los ventanales permitían que el aire de la noche entrara por la rendija y ofrecían una vista privilegiada del barrio. Unas cortinas amarillas, con pequeñas margaritas bordadas, parecían cobrar vida en la imaginación de Sara. El apartamento vacío se veía invadido por una profusión de colores y alegría mientras la nueva inquilina llevaba las compras a la cocina.

Al igual que el salón, aquel ambiente también poseía lo básico: cocina, nevera, armarios empotrados y una pequeña mesa sujeta a la pared. Nada sofisticado; sin embargo, todo nuevo.

Sara se preguntó cuánto tiempo se habría quedado Igor en el lugar, sobre todo cuando empezó a guardar los víveres en los espacios vacíos. Fingió no buscar pistas del antiguo ocupante mientras llevaba la maleta al dormitorio deshabitado.

Peor que el resto de la casa, la habitación constaba de una cama *king size* —detalle primordial para alguien a quien no le gustaba dormir con los pies colgando—, un armario de tres puertas y nada más. Salpicaduras de pintura y cemento en los marcos de la ventana delataban la reforma.

Sara rascó con la uña la suciedad. Con seguridad, la llegada de Tereza sería perfecta, concluyó.

Mientras deshacía las maletas, los pensamientos de la universitaria volvieron a Igor. La decepción de regresar del mercado y no encontrarlo había sido empujada al mismo lugar donde se acumulaban todos los sentimientos que no podían aclararse —y mucho menos mencionarse—.

Las preguntas se amontonaban a cada paso por su nuevo hábitat. ¿Quién era aquel hombre que se había ganado la confianza de Vargas? ¿Existía realmente reciprocidade entre su abuelo y el visitante, o todo no era más que un gesto cordial? ¿De dónde conocía Igor a Vargas?

Y tal vez la indagación más interesante —si se atrevía a admitirlo—: ¿por qué el deseo de conocerlo mejor le recorría todo el cuerpo?

Había, claro, una explicación saludable y racional. Era una mujer joven, guapa, con su interior y exterior funcionando en perfecta armonía. Tenía dificultades para descargar frustraciones y emociones en los demás. Sin embargo, reaccionar ante un hombre atractivo —o mejor dicho, guapísimo— no formaba parte de ese desvío de personalidad.

Demasiado cansada para evaluar respuestas, se limitó a flotar hacia su mundo imaginario. Lista de la compra: cortinas, ropa de cama, muebles… Su mente libraba una batalla ardua para escapar de los ojos color tierra grabados en sus retinas.

Cuando entró en el baño, un bufido resignado llenó las paredes. En el aire, el aroma a jabón le traía a Igor directamente

frente a ella. Sara sacudió la cabeza. Su vida estaba demasiado revuelta como para recorrer aquel cuerpo, aquellos ojos, aquella sonrisa, aquellas pecas…

Los cambios llamaban a su puerta con la misma fuerza con que ella posaba el neceser sobre el lavabo de mármol. Pensar en sus responsabilidades la libraba de la codicia ajena. Recordar a su abuelo le devolvía lo que realmente importaba: gratitud eterna. Sin él, Sara nunca se habría convertido en la mujer que ahora miraba el espejo sucio de gotas de agua. Por esa razón, Igor —y su generosa complexión— se quedarían atrapados en el apartamento del piso superior.

***

«Querer no es poder», solía decirle Tereza a Sara.

Un dicho sencillo pero concreto. Ella quería ser botánica y no podía. Quería tener a sus padres a su lado, a sus abuelos… No siempre era posible.

La frase encajaba perfectamente con el momento, ya que la nieta de Vargas deseaba mantener las distancias con Igor. No obstante, las ojeras profundas y el mal humor matutino demostraban que, una vez más, sus deseos no habían sido atendidos.

Dormir en el apartamento y fingir que nada en aquella decisión era anormal le consumió buena parte de la noche. Eso Sara ya lo esperaba. Sin embargo, ser despertada con los primeros rayos de sol flotando sobre la cama al son de unos acordes de guitarra mal ejecutados, volvía agria cualquier limonada —independientemente de las cucharadas extra de azúcar—.

«¿Tiene que empezar a tocar esta mierda tan temprano?». —Un minuto más de este tormento y me vuelvo loca —murmuró, quitándose el pijama de cactus sonrientes.

El sonido continuaba. Mismo ritmo. Misma secuencia. Para un poquito, vuelve a empezar. Para otro poquito, vuelve a empezar. Hasta los fallos parecían ensayados. Cerró las ventanas, expulsando parte del ruido —y todo el viento—. Pero no se podía vivir enclaustrada. El verano había llegado con toda su gloria.

Se preguntó qué hacía Igor en el apartamento tan temprano, después de haberse quejado del olor la noche anterior. ¿Sería aquello también una mentira? Sara rumiaba dudas mientras se ponía, al azar, una prenda sacada del armario. Tenía innumerables compromisos aquel día. No podía permitir que asuntos mal resueltos drenaran su energía.

Con ese pensamiento —e ignorando la necesidad casi imperiosa de verlo de nuevo, aunque fuera para señalar su falta de civismo sonoro—, cogió la púa olvidada en el sofá y salió decidida a pedir explicaciones. Si fuera aficionada a los tacones, sus pasos resonarían por el edificio. Aun con sandalias, su firmeza delataba sus intenciones.

Un tramo de escalera no mitigó su ansia, disfrazada de justicia por los vecinos que, teóricamente, querrían dormir hasta más tarde. El timbre sonó dos veces antes de ser atendido en el apartamento número treinta. En el suelo, el felpudo mostraba una frase con margen para interpretaciones:

Solo entra si sabes tocar.

Cuando Igor abrió la puerta, encontró a Sara con la cabeza baja. El cabello apelmazado le caía sobre el rostro. Él se permitió un segundo de contemplación antes de hablar: —Guitarra.

Como en el primer encuentro, su voz recorrió la piel de Sara con una calma peligrosa. Ella levantó los ojos despacio. En realidad, bebió cada centímetro de su cuerpo como quien calma la sed: desde los pies descalzos, pasando por el pantalón de vestir negro, hasta la camisa blanca bien cortada. —Hum.

Las sinapsis realmente fallaban en su presencia. Se echó el pelo hacia atrás; tal vez ayudara a reorganizar su discurso. —«Solo entra si sabes tocar la guitarra» —explicó él, señalando el felpudo con la barbilla.

«Está aún más guapa que ayer», pensó él. Otro vestido largo escondía sus piernas torneadas y dejaba poco a la vista. Los hombros expuestos por los tirantes finos daban pie a hipótesis que Igor decidió no profundizar. El tejido azul, rojo y negro imponía límites a la imaginación —o fingía imponerlos—.

Sara notó el escrutínio cuando encontró sus ojos atentos. Igor sonreía. Una sonrisa amplia, limpia, peligrosamente cómoda. El cabello peinado, pero lo bastante rebelde como para sugerir un descuido calculado. La corbata roja reposaba en su cuello. Sus dedos largos sujetaban la puerta entreabierta.

—¿Entonces por qué no pone eso? —Ella forzó su mente a funcionar. —Porque lo dejo a cargo de mi inspiración. He tocado la batería, el saxofón, la flauta… La frase combina con el instrumento del momento.

Sara imaginó la batería a las seis de la mañana y decidió que la guitarra desafinada era un privilegio. Tal vez reclamar no fuera tan estratégico. ¿Quién sabía qué figuraba en su lista particular titulada «cómo molestar a los vecinos»?

La propuesta inicial —confrontarlo— se disolvió en el aire, junto al perfume almizclado que él exhalaba. Deseó que la invitara a un café de bienvenida. Tal vez fuera irresponsable, ¿pero qué daño habría?

—¿Estamos en otro duelo de miradas o necesitas algo, Sara? —Él inclinó levemente la cabeza—. Si es una taza de azúcar, ya te aviso que te la quedaré debiendo.

Ella esbozó una sonrisa corta e intentó mirar por encima de su hombro. Inútil. Él era más alto. Y ese detalle solo empeoraba la situación. —Ah… no. Perdón. —Se aclaró la garganta, levantando la

mano—. Solo venía a traerte esta púa que me encontré. —Mi favorita. Gracias.

No mencionó que tenía otras doce iguales. Cogió la lámina blanca y se la guardó en el bolsillo. Su cuerpo permanecía como una barrera. Y por su postura relajada —ojos atentos, expresión tranquila—, el café no iba a ocurrir. Tal vez él también tuviera problemas con las sinapsis.

—Bueno… me voy. No quiero retrasarte para el trabajo. Ella asintió discretamente. Igor notó sus uñas cortas, sin esmalte. —No te preocupes. Aún tengo tiempo. Suelo levantarme temprano para practicar, así no llego tarde. —Un segundo—. Espero no haberte despertado.

Aquella ingenuidad era casi ofensiva. —No. Claro que no. Yo también madrugo. Se quitó un hilo imaginario del vestido. Mentir nunca había sido lo suyo. —¿No ibas a dormir en el hotel?

Pregunta sencilla. Sin pretensiones. Aun así, ella se miró los pies en las sandalias. «Me gusto más cuando llevo esmalte rojo». —Dormí allí. Pero necesitaba estar en casa pronto para tomar algunas decisiones.

Quiso preguntar qué decisiones. Quiso saber más sobre los instrumentos. Descubrir su profesión. Pero no había hueco. Y tal vez no hubiera invitación. Se dio cuenta, entonces, de cuánto parecía necesitar una conversación trivial. Casi infantil. Se reprendió a sí misma. ¿Cómo administraría una cadena de restaurantes si no podía sostener su propia verdad ante un hombre atractivo? Por eso —y levemente avergonzada— se despidió sin entusiasmo.

—Nos vemos. Se dio la vuelta antes de que la expectativa se delatara en su mirada. Bajó las escaleras y se dirigió hacia el orquidario. Era hora de recuperar energía.

Y dignidad.



Capítulo 5

Cuando Sara estacionó el coche frente al edificio, al final de la tarde, el cuerpo le dolía por el arduo trabajo realizado a lo largo del día. Se arrepintió de no haber elegido unas zapatillas y ropa más cómoda, sobre todo al evaluar su vestido manchado de tierra.

Como siempre, reponer energías la dejaba con la mente más clara, más centrada. Hablar con rosas y follajes podía parecer una locura para algunos, pero para Sara eran sus mejores amigas. Después de todo, ¿qué adolescente en su sano juicio cambiaría una tarde en el centro comercial por una poda en el jardín?

Sara Vargas, sin duda alguna.

Nunca había tenido dificultades para hacer amistades. El problema era demostrar sentimientos. Esa inabilidad creaba una falsa impresión de indiferencia. Por eso, sus vínculos raramente traspasaban la cordialidad.

Las plantas eran más sencillas. No hacían preguntas.

Sacó las compras del asiento trasero y observó, resignada, el montón esparcido en la acera. Su pasión no conocía límites, lo que significaba, como mínimo, tres viajes hasta el apartamento. Un suspiro profundo escapó de sus labios resecos. Subir dos tramos de escalera con todo aquel peso daría más resultado que cualquier serie de musculación.

Activó la alarma. Se puso el bolso en bandolera. Se recogió el cabello con la goma de la muñeca. Se apartó el flequillo de la cara. Lista para la batalla. Analizó las opciones: ¿empezar por lo más ligero o eliminar pronto lo más pesado?

—¿Y bien? ¿Quién va primero? Vosotras decidís, pero no tenemos todo el día. Pronto oscurecerá.

Tenía las manos en la cintura cuando la voz surgió detrás de ella:

—No sé tú, pero esta rosa de aquí —Igor señaló una maceta pequeña— acaba de levantar una hojita indicando que es la elegida.

Había llegado a tiempo para oír el peculiar diálogo. Y, para ser honesto, aquello había convertido su día burocrático en algo extrañamente acogedor.

El rubor en las mejillas de Sara fue inmediato. Necesitaba acostumbrarse a su presencia. Eran vecinos. Y, por lo visto, seguirían siéndolo. En la mansión, nadie era testigo de sus monólogos. Allí, la vida exigía vigilancia.

—Si tú lo dices... entonces empezaré por las begonias —enfatizó ella el nombre.

Igor arqueó una ceja.

—Perdona mi ignorancia. Mi conocimiento se limita a clasificar todas las flores como "rosas". —Se llevó la mano al pecho con falsa solemnidad. Tenía la corbata floja y el traje arrugado; marcas claras de un día largo.

—Tú y la mitad de la población. Ya me he acostumbrado. Existe una variedad casi infinita, pero la gente siempre recurre a lo más obvio.

—No puedes negar que tienen su encanto. Un ramo grande, sobre todo de las rojas, puede derretir corazones.

—¿Extinguir errores? ¿Suplicar perdón? —ironizó ella.

Conocía bien el papel estratégico de las rosas. A la dueña de la floristería cercana a la escuela le encantaba relatar historias de hombres desesperados.

—No solo por eso. No necesito equivocarme para enviarle flores a una mujer. —Era verdad. Nunca le había enviado rosas a nadie más que a su madre. Pero esa información no era necesaria—. ¿Nunca te han regalados rosas, Sara?

La pregunta dio en el clavo. Ella, que vivía para las flores, jamás había recibido siquiera un capullo. Y moriría antes de admitirlo.

—Un arreglo bien hecho de bromelias, begonias, tulipanes, claveles o incluso orquídeas puede causar el mismo efecto.

—Tenemos a una experta.

Su mirada atenta le recordó a Vargas. ¿Cuántas veces había fingido que amaba las planillas y los informes?

—Solo soy curiosa. —Cogió la maceta más ligera. «Mejor empezar por esta. He olvidado el abono», pensó, como si el detalle fuera más importante que el rumbo de la conversación.

Igor notó el cierre. Su vecina había vuelto a su postura contenida. Excepto por las pupilas, que se dilataban cuando le sostenía la mirada.

—Ya que vamos al mismo sitio, te ayudo.

—No hace falta.

Él la ignoró. Se agachó y levantó una jardinera pesada de *rosa de piedra*.

—Considéralo mi buena acción del día.

Al final, bastaron dos viajes. La conversación se limitó a trivialidades. "¿Te está gustando el apartamento?" "Sí, es agradable". Sara se culpaba por la falta de naturalidade. No solo con él. Con sus antiguos novios también. Años conviviendo con la

ausencia de sus padres habían construido un puente entre realidad e imaginación. Soñar era más seguro que sentir.

En el último tramo de la escalera, dos hombres bajaban.

—Señor Baumon, terminamos por hoy. Lo dejamos como pidió. —El más corpulento le entregó las llaves a Igor.

Él apoyó la maceta en el suelo y se las guardó en el bolsillo. Sus dedos rozaron la púa. Sara observaba. Las ropas gastadas y las manchas bajo las axilas delataban el trabajo pesado.

—Gracias, Marcão. Luego arreglamos lo que falta.

—La semana que viene vuelvo a recoger la madera. —El más joven pasó al lado de Sara dejando un rastro de sudor y un guiño desagradable.

Ella se tensó.

—Pensé que la reforma había terminado —comentó cuando se quedaron solos.

—Yo también lo creía. Pero surgió algo que me hizo cambiar los planes. Era imposible ignorar la llamada.

Por un instante, ella le tuvo envidia. Nunca había atendido sus propias llamadas. Quiso preguntar. No lo hizo. Él dejó la última maceta frente a la puerta de ella. Se había impuesto límites a sí mismo. Necesitaba ganarse su confianza, no atropellarla.

—Espero que no sea nada complicado para ti quedarte ahí dentro.

Si lo fuera, él tendría que ausentarse. Y, extrañamente, la idea le molestaba.

—No tengo ni idea de por dónde empezar. Pero nunca huyo de un buen desafío.

Las palabras sonaron más importantes que la situación. Sara sintió como si él le hablara directamente a ella. Alejó el

pensamiento. Igor no la conocía lo suficiente para saber de sus huidas.

Tal vez ni ella misma se conocía.



Capítulo 6

Los días fueron pasando y Sara entró en una rutina. Las mañanas las dedicaba a la decoración del apartamento; las plantas ocupaban todas sus tardes y, con una sonrisa forzada, la facultad llenaba el horario nocturno.

Como había prometido, Tereza apareció para ayudar con las tareas domésticas, y su nieta postiza no tuvo reparos en aceptar la oferta. Cuidar de una casa no figuraba entre sus habilidades. Básicamente porque, en sus veinte años de vida, nunca había tenido necesidad de ello. Su habitación siempre había estado limpia y en orden, al igual que sus pertenencias —independientemente de que Tereza refunfuñara al quitar las manchas de tierra de la ropa, los zapatos y la alfombra—.

Aun así, los cambios que Sara tanto anhelaba parecían crecer dentro de su pecho. Había algo fuera de lugar, y ella no sabía decir qué era.

—Vuelvo la semana que viene, pequeña Sara. Cuidaré de la casa y de la colada. No te preocupes —Tereza colgó los vestidos en el armario.

—No me parece justo ocuparte de esta forma, Tereza. Cuando decidí vivir sola, debería haber tenido en cuenta mis nuevas obligaciones. Así es muy fácil: yo desordeno y tú limpias. Todos en la empresa trabajan, mientras que yo soy una empleada fantasma —la

universitaria miraba la calle por la ventana del dormitorio. Un camión de pequeño tonelaje estaba estacionado frente al edificio.

—Espera un momento. ¿De dónde sale toda esta charla? —El ama de llaves dejó de ordenar y caminó hacia su pequeña solitaria.

—¿Pero no es la verdad? Soy una niña bien asumida. ¿No será que ya es hora de empezar a crecer?

Sara se cruzó de brazos, como si intentara contener algo que insistía en desbordarse. Tereza la observaba con atención. Sabía que, en el instante en que la joven se viera realmente sola, llegarían los cuestionamientos.

—Sara, cada cosa tiene su tiempo. Tus padres y tu abuelo trabajaron mucho para que pudieras estudiar sin preocuparte por las obligaciones. No hay nada malo en disfrutar de lo que te pertenece. Si fueras egoísta, mimada y superficial, yo misma te pondría a fregar un barreño de ropa sucia —Tereza tomó el rostro de la joven entre sus manos. El gesto sencillo tuvo el efecto de un abrazo—. Pero es lo opuesto. Tienes un corazón enorme, un alma dedicada a la familia. Tu abuelo estaba orgulloso de la mujer en la que te has convertido. La empresa no se va a ninguna parte. Nadie te está juzgando; e incluso si lo hicieran, no les debes explicaciones. La única persona que podría cuestionarte ya no está aquí… y estoy segura de que él te apoyaría con los ojos cerrados.

Sara absorbió cada palabra. Vargas siempre había estado al lado de su nieta, valorando y comprendiendo sus decisiones. La había criado rodeada de lujos, sí, pero jamás había permitido que se alejara de la familia o de sus responsabilidades.

—Tus estudios aún no han terminado. No hay motivo para exigirse tanto —Tereza le soltó el rostro y notó la tristeza en el azul de sus ojos. Las ojeras delataban noches de insomnio.

—Lo sé… pero nada me impide hacer unas prácticas en la empresa, ¿verdad? Estoy segura de que el Consejo aceptaría.

—No entiendo mucho de esas cosas. Aun así, no veo problema en que esperes un poco más. La pérdida de tu abuelo nos ha afectado mucho a todos —Sara volvió a mirar por la ventana y vio al mismo hombre que había hablado con Igor en la escalera, cargando unas maderas en el camión—. Si eso te deja más tranquila, habla con Castelo y exponle tu punto de vista. Pero no ahora. Date más tiempo. Uno o dos meses no marcarán la diferencia.

Sara reflexionó. Hacer las prácticas en la empresa había sido una idea impulsiva, pero plausible. Quizá unas horas rodeada de planillas, informes y personas —y no solo de macetas y silencio— harían que su adaptación fuera más fácil. Aun así, no se sentía lista para ocupar el sillón de su abuelo. Por eso, decidió posponerlo dos meses.

—¿Quién es ese hombre que saluda hacia aquí? —Tereza interrumpió sus pensamientos.

—Ah —Sara le devolvió el saludo—. Es Igor.

—Hum —Tereza apreció la vista sin disimular. Un hombre guapo, de traje, ayudando con la carga de madera.

—Mi vecino —Sara volvió a mirar hacia el camión—. ¿Qué estará construyendo?

En los últimos días, había intentado descifrar la reforma a través de los ruidos. Sin embargo, solo el sonido de aquella dichosa guitarra llegaba a sus oídos. Siempre por la mañana. Después, el silencio. Independientemente de la hora a la que Igor regresara del trabajo. No es que ella estuviera prestando atención. Claro que no.

—Hummm… —soltó Tereza, divertida—. ¿Y ya has llamado a su puerta con la vieja excusa de la taza de azúcar?

—Claro que no —«Con una sola púa me bastó», concluyó mentalmente. Se alejó de la ventana al notar que Igor saludaba otra vez.

—Entonces estás perdiendo el tiempo, pequeña Sara. ¿No has aprendido nada de lo que te enseñé sobre los hombres?

—Es un hombre, Tereza —«Y de los buenos, al menos en mis pensamientos».

—Justamente por eso no hace falta que te hagas la desentendida. Nada de tocarse el pelo o mandar señales que ellos no entienden. Sé directa. Invítalo a salir —Tereza ya buscaba algo en su bolso. Era hora de irse; aún tenía la cena que preparar.

Sara sonrió ante el consejo. Tenía veinte años, pero la valentía aún no era su fuerte. Además, había establecido límites claros: Igor debía ser solo un vecino. Ella necesitaba encontrar su propio camino antes de cualquier distracción.

—Vale. Gracias por el consejo. Pero ahora tengo que ir a la facultad —consultó el reloj junto a la cama—. Llego tarde.

Cuando las dos bajaron juntas, Igor —y el camión— ya se habían marchado.

«Mejor así», pensó. Pero la leve opresión en su pecho no estaba de acuerdo.

****

Ser delgada tenía sus desventajas. Aun así, mientras equilibraba una caja de pizza en una mano y los tediosos libros de la facultad en la otra, Sara solo podía pensar en las ventajas.

Las clases de aquella noche habían sido largas, pesadas, agotadoras. Preparar una comida saludable estaba completamente fuera de discusión. No. Una pizza lo solucionaría. Al menos por unas horas, calmaría esa incómoda sensación de estar ahogándose en sus propias responsabilidades.

Subía las escaleras directo a su apartamento cuando las palabras de Tereza volvieron a su mente.

—Taza de azúcar… Si ella supiera… —La risa le escapó fácil, sincera.

—Estoy empezando a preocuparme por esa manía tuya de hablar con la nada…

Sara se llevó un susto. Logró salvar la pizza por puro instinto, pero los libros se desplomaron contra el suelo.

—Lo siento. No imaginé que estuvieras tan distraída.

Igor ya estaba agachado, recogiendo los cuadernos desparramados. El corazón de ella se disparó, completamente fuera de ritmo. Respiró hondo, intentando convencer a su propio pulso de que desacelerara.

—Puedo decir lo mismo. Tú también tienes la costumbre de aparecer sin avisar.

Una sonrisa amplia iluminó el rostro de él, y Sara necesitó un segundo extra para recuperar el aliento. Parecía genuinamente feliz de verla. Mucho más de lo que la situación exigía.

—Habilidad adquirida con el entrenamiento —respondió—. Era excelente escapando de broncas en la infancia y entrando tarde en casa en la adolescencia sin ser notado.

Mientras él observaba los títulos de los libros antes de devolvérselos, Sara aprovechó para analizarlo discretamente. Bermudas de sarga, camiseta ajustada al cuerpo, zapatillas. Demasiado informal para esa hora. Si tenía planes para salir, ella no lograba imaginar cuáles.

—¿Vas de salida? —La pregunta escapó antes de que pudiera filtrarla. Sintió que el rostro le ardía. La mano que sostenía la pizza parecía más caliente de lo que debería. «Genial. Ahora solo falta que yo también me derrita».

—Olvidé mi móvil en el coche —Igor se pasó la mano por el cabello en un gesto distraído. Sara siguió el movimiento como si fuera algo de extrema importancia científica—. Puedo acompañarte hasta tu puerta y luego bajo a buscarlo. Vamos.

Ella podría haberlo rechazado. No quiso.

Subieron el resto de la escalera en silencio, lado a lado. De reojo, Sara notó que él era unos centímetros más alto. La proximidade lo hacía todo más evidente. La estatura. El olor amaderado. La presencia.

Todo en Igor parecía encajar. «Esto no es normal. Debe de tener algún defecto escondido».

Se detuvieron ante el número 20.

Se miraron por un instante que se prolongó más de lo necesario. Ella sostenía pizza y hambre. Él, una sonrisa tranquila y una expectativa silenciosa.

Igor podría convertirse fácilmente en el final perfecto para aquella noche. ¿Pero sería prudente permitir ese acercamiento ahora? La respuesta estaba lejos de ser clara. Y, por primera vez, Sara decidió no huir de lo que sentía.

Levantó ligeramente la caja.

—¿Qué tal un trozo de pizza?

Tereza estaría orgullosa. La taza de azúcar era para principiantes**.**



Capítulo 7

Sara abrió la puerta del apartamento y la fragancia de las flores invadió sus narices, disputando el espacio con el aroma de la pizza. Respiró hondo, reuniendo energía para lidiar con el hombre que la acompañaba. Encendió las luces, dejó la caja sobre la mesa y puso música. Una melodía suave se extendió por el ambiente.

—Guau… —Igor giró lentamente, apreciando el salón—. Veo que has estado ocupada. Tenía curiosidad por saber dónde pondrías todas aquellas flores. Ahora lo entiendo. Han quedado perfectas. —Paseó la mirada por los detalles—. ¿Lo hiciste todo sola?

—Gracias. Más o menos. Tuve una ayudita… —Prefirió no mencionar a la gobernanta—. Ponte cómodo. Voy a buscar los platos. Puedes dejar los libros en cualquier sitio.

Igor siguió su pequeña huida con una sonrisa contenida. Si ella supiera que él también se sentía levemente desplazado en su presencia… Solo que lo disimulaba mejor.

Depositó los libros sobre el mueble de la televisión y continuó observando. El apartamento, antes impersonal, ahora era un hogar. Cojines en tonos *nude* rompían el rojo del sofá. Revistas de jardinería organizadas con esmero. Un jarrón de bromelias vibraba sobre la mesa auxiliar. Hasta el baúl negro bajo la ventana parecía tener un propósito.

No eran solo las flores. Era ella. Sara Vargas. La joven que defendía a las plantas con la misma intensidad con la que ocultaba sus propios conflictos.

—Espero que no te importe que sean platos desechables —dijo ella al regresar, abriendo las ventanas en un intento inútil de refrescar el calor que subía por su propio cuerpo—. Aún no he comprado el menaje de cocina.

—Con una servilleta me basta —respondió él, sacando la silla.

El jarrón de begonias casi se desplaza cuando Sara organizó vasos, platos de plástico, cubiertos demasiado ligeros y servilletas sobre el cristal de la mesa. Igor notó un leve temblor en sus manos. No dijo nada.

Ella se sentó y se sirvió con la elegância que Tereza seguramente aprobaría. Él prescindió de formalidades y sostuvo la porción con papel.

—Ni siquiera te he preguntado qué sabor prefieres…

—A caballo regalado no le mires el dentado. —Dio un mordisco generoso—. Y soy sencillo con la comida.

Sara intentó mantener los ojos en su propia pizza. Lo intentó. Falló. El movimiento de la boca de él la distrajo de manera peligrosa. «¿Besará bien?». Tragó demasiado rápido. La garganta le ardió.

—Olvidé las bebidas. ¿Agua o zumo? —Se levantó casi abruptamente—. No tengo nada con alcohol… ni refrescos. Odio cuando me sudan demasiado las axilas.

—Agua está bien.

En la cocina, Sara respiró hondo y, por un segundo bochornoso, le comentó algo al cactus que estaba junto al fregadero. Necesitaba recuperar el juicio. Cuando volvió, estaba más centrada —al menos en la superficie—.

La conversación fluyó con más naturalidad. Igor parecía demasiado cómodo exhibiendo sus manos grandes alrededor del vaso, sus piernas largas estiradas al lado de la silla de ella, su risa abierta al recordar la visita inesperada.

—¡Claro que me asusté! Se suponía que el apartamento debía estar vacío. De repente, abro la puerta y te encuentro casi desnudo, tocando la guitarra. Cualquiera saldría corriendo.

—Pero tú no lo hiciste. —Bebió un trago de agua, observándola por encima del vaso.

—Tardé en reaccionar. —Cambió de tema antes de que el recuerdo se volviera demasiado inflamable—. ¿Cómo conocías a mi abuelo?

Igor se levantó, cogió los libros y releyó los títulos.

—Yo estaba aquí cuando él vino a ver el edificio. Hablamos. Después necesité ayuda… y recurrí a él. —Hizo una breve pausa—. Veo que tenemos algo en común. También estudié Administración.

Su sonrisa fue demasiado discreta.

—Parece que sí. —Recogió los desechos y los llevó a la cocina.

—No noto mucho entusiasmo —comentó él, alzando la voz—. ¿No te gusta la carrera?

—¡Claro que me gusta! —respondió demasiado rápido. Respiró. Ajustó el tono—. Solo estoy saturada. El final de los estudios pesa.

—Si necesitas ayuda, no tienes más que pedirla. En la práctica es distinto, pero aún recuerdo bastantes cosas.

Ella señaló el sofá. Él se sentó sin dudarlo. No quería irse. Sara ocupó el otro extremo, se quitó las sandalias y dobló las piernas de lado. Los dedos de sus pies se movieron

involuntariamente. Igor se dio cuenta. Guardó el dato como un secreto.

—Hablando de práctica… ¿cuánto tiempo insistes con un instrumento antes de cambiarlo por otro?

—No hay plazo. Intento hasta dominar al menos una canción. Cuanto más difícil, más me motiva.

—¿Nunca has pensado en un profesor?

—No. El placer está en poner a prueba mi capacidad. Aprender solo con entrenamiento. Más aún algo para lo que no he nacido.

—¿Y cómo estás tan seguro de eso? Quizá lo lleves en la sangre.

Él giró el cuerpo hacia ella. El rubor en las mejillas de Sara era constante desde el primer encuentro.

—Estoy seguro porque me apasiona mi trabajo. Estudié mucho para llegar donde estoy. Me gusta salir de casa sabiendo que el día será difícil, pero que tendrá sentido. Fue mi elección.

—Mi abuelo pensaba así… —La tristeza escapó antes de poder contenerla. Igor lo notó. Quiso tocarla. No lo hizo.

—El trabajo debe tener un propósito —continuó él—. La música es un *hobby*. Un desafío. Equilibrio.

Las palabras golpearon el centro del pecho de ella. Él hablaba de elección. Ella pensaba en obligación.

—¿Quién tiene la suerte de tenerte como empleado? —preguntó con una sonrisa que ocultaba envidia.

—Administro una empresa en proceso de reformulación. Mi función es mantener la estructura y aportar innovación. Equilibrio entre tradición y cambio.

—Tan desafiante como aprender guitarra. Quizá esa competitividad sí que esté en tu sangre.

Él se llevó la mano a los labios, pensativo. Un gesto sencillo que, para ella, no tuvo nada de sencillo. «Me estoy volviendo loca». Se ajustó la coleta para recomponerse.

—Nunca lo había pensado así. —Él le sostuvo la mirada—. No huyo de los desafíos. Cuando siento la llamada, actúo. Con pasión.

El aire pareció volverse más denso. Los ojos oscuros de él se fijaron en el azul cristalino de ella. Cielo y tierra en tensión silenciosa. Sara se inclinó levemente hacia delante. No fue consciente. Fue instinto. El cuerpo reconociendo lo que la mente aún intentaba negar.

La respiración de ambos perdió el ritmo. El deseo, antes difuso, cobró forma. Igor casi avanzó. Casi. Su puño cerrado delataba el esfuerzo por mantener la distancia. Un roce bastaría para que toda la sensatez se derrumbara.

Deseo y razón raramente caminan de la mano. Y, en aquel instante suspendido entre el impulso y el control, el administrador ponderado eligió permanecer inmóvil, obedeciendo al límite silencioso que ella aún no tenía valor para cruzar.



Capítulo 8

La explosión que siguió al encuentro de sus labios podría describirse con palabras románticas. Sin embargo, lo que los dominaba estaba lejos de la delicadeza de los grandes poetas. Enueltos por el aroma de las flores, por la música suave y por la luz de la luna que atravesaba la ventana, Igor y Sara se dejaron llevar por un entumecimiento hecho de lujuria y urgencia. Sus cuerpos clamaban ser saciados. El romance y las palabras tiernas tal vez vendrían después. En aquel instante, no obstante, lo que ocurría sobre el sofá rojo era necesidad. Hambre. Una avidez que no estaban listos para analizar —y mucho menos para investigar sus raíces—.

Sara descubrió pecas repartidas por otras partes del cuerpo de Igor; él notó cómo la diferencia de estatura entre ambos favorecía movimientos audaces. Se conocieron de forma intensa, casi abrumadora. Sus corazones parecían tocarse, aunque ambos permanecían ciegos ante esa posibilidad. En el punto álgido del momento, Igor se aferró al hecho de que a Sara le costaba hablar de sus sentimientos —pero su cuerpo hablaba por ella—.

Mientras la universitaria, ahora desinhibida, deslizaba la lengua por la mandíbula firme de su vecino —tal vez amante—, no permitió que las dudas ocuparan espacio en aquella sala. Ya habría tiempo después para pensar. La forma en que se entregaba al administrador era tan sorprendente para ella como para él. Nunca había sido tratada con semejante urgência. Los pocos novios que

había tenido antes jamás supieron lidiar con el torpor que la consumía. Nadie imaginaría que, bajo los vestidos floreados y las mejillas sonrojadas, existía una mujer lista para entregarse y para tomar las riendas. Mientras se dejara dominar por la lujuria, todo iría bien —o eso decidió creer—.

Manos ávidas exploraron territorios ocultos. Sara aceptó el cuidado intenso que recibieron sus pechos, aunque, en el fondo, una chispa de vergüenza insistiera en juzgarlos pequeños. Una contradicción casi irónica, ya que todo lo demás parecía desbordar confianza. Por el contrario, Igor se deleitó con la ferocidad de ella al arrancarle la camiseta y arañar sus hombros y su pecho. El roce lo incendiaba.

—Necesito más... lo quiero todo... —los gemidos ecoaron por el apartamento, marcando el espacio como un recuerdo permanente. Sara sabía que jamás miraría aquel hogar de la misma forma.

Cuando Igor la penetró, ella necesitó unos segundos para recuperar el aliento. El aire parecía haber abandonado sus pulmones; la garganta seca delataba la velocidad de su respiración, que acompañaba el ritmo de sus manos deslizándose por la espalda ancha de él.

—No puedo esperar... —el susurro ronco en su oído la arrancó del fascinio inicial. La respiración irregular se transformó en movimiento y, juntos, iniciaron una danza antigua, instintiva, casi primitiva.

El clímax llegó sin delicadeza ni contención. Sudados, reacios a separar sus cuerpos, permanecieron mirándose. En el encuentro de sus miradas —cielo y tierra— había algo que sobrepasaba el simple acto. No sonrieron. Estaban poseídos por una sensación mayor que la felicidad. Plenitud, tal vez —y la posibilidad de esa palabra los asustó—.

Por eso, prefirieron concentrarse en lo que aún ardía: en la sangre pulsando en las venas, en el sudor que resbalaba por la piel

de Sara, en el tacto que recorría su espalda en busca de nuevos descubrimientos. En el deseo que no se había extinguido. Era más seguro así. Sexo crudo, urgente, desesperado —sin espacio para preguntas—.

***

Os brazos de Igor ainda serpenteaban por su cuerpo y su aliento cálido reposaba en su cuello. «Mejor que en mis sueños», casi dijo Sara en voz alta, y agradeció a los dioses por el destello de cordura que le impidió terminar la frase.

Mientras le acariciaba la nuca, pensaba en cómo actuar de ahí en adelante. Era mucho más fácil esconder los sentimientos bajo la protección del erotismo. Su cuerpo se expresaba con más seguridad que su mente. Evaluó as alternativas: fingir un dolor de cabeza repentino; recordar un compromiso inexistente; quedarse dormida como las protagonistas de los libros tras una escena ardiente… caminos cobardes que la mantendrían lejos de las palabras necesarias.

Igor, sin embargo, era astuto. Incluso con la cabeza aún nublada por la intensidad de su conexión, notó su incomodidad y trató de suavizarla.

—Sé que corro el riesgo de llevarme un rechazo memorable… —Se alejó del refugio del cuello de Sara y la miró, ofreciéndole su mejor sonrisa. Sus ojos vagaron por el rostro sonrojado de la universitaria—. Pero ¿podríamos repetir la dosis mañana?

—No suelo comer pizza dos días seguidos —Sara sonrió y soltó los brazos al lado del cuerpo para alcanzar el vestido. Sintió ganas de esconderse tras la tela cuando se la pasó por la cabeza. El sofá, que antes le había parecido perfecto para encajar, ahora resultaba incómodo en la nueva posición. Intentó aumentar la distancia entre ellos, pero Igor la sujetó por la cintura.

—Yo tampoco —respondió él, divertido. Valoraba una alimentación saludable, pero si la repetición incluía a Sara —e incluso a la pizza—, no sería él quien se negara—. Por eso tengo una propuesta. O mejor dicho, una invitación. ¿Qué tal si yo preparo la cena?

Sara no era ingenua. La cena tenía intenciones claras, e Igor había sido sincero sobre el deseo de repetir la experiencia. Habría comida, y algo más. Lo que la ponía rígida no era la propuesta en sí, sino sus propias convicciones. Nunca había logrado disociar el corazón del cuerpo; para ella, ambos caminaban juntos. Siempre había sido así, aunque sus entregas anteriores hubieran sido superficiales.

«¿Dónde está mi ropa interior?».

—¿Cocinas? —Necesitaba ganar tiempo. Se levantó de su regazo; a regañadientes, Igor la soltó. Sara miró a cualquier punto del apartamento, menos al hombre parcialmente desnudo que se ajustaba las bermudas.

—Lo suficiente para no ser rehén de la comida rápida —respondió. Decidió permanecer sin camiseta, consciente del efecto que su torso provocaba en ella. Se acercó y deslizó los dedos por el cabello liso y perfumado de Sara. No entendía de flores, pero ella le recordaba a una rosa que florece con los cuidados adecuados.

—No sé… Llegaré tarde de la facultad.

Era hora de usar todos los recursos. El espacio entre ellos desapareció. Igor parecía robarle el aire; el pecho de Sara subía y bajaba con dificultad cuando él volvió a sujetarla por la cintura.

—Vamos, Sara —susurró, con la voz cargada de deseo—. Salva a este pobre hombre de pasarse los días siguiéndote como un perro sin dueño, solo para probar otro sabor tuyo.

«Que Dios me ayude, pero quiero otra porción de pizza».

—Está bien —balbuceó.

El alivio se dibujó en el rostro de él, que prefirió no analizar su propia necesidad de estar nuevamente con ella. «Sexo. Céntrate en el sexo», se ordenó a sí mismo.

—Gracias. —El beso casto en su mejilla le erizó la piel. Él se alejó para ponerse la camiseta, aún procesando lo ocurrido—. Ah, olvidé mencionar que tengo una condición.

—Estaba siendo demasiado bueno. ¿Sexo y comida gratis? —Sara caminó hacia la ventana. El aire nocturno llenó sus pulmones inquietos. Observó la calle casi vacía; los coches alineados frente al edificio, incluido el suyo.

—Qué graciosa. ¿Podemos quedarnos aquí? Mi apartamento no está muy habitable ahora mismo.

—Hablando de eso… —Ella se giró para mirarlo, ya vestido, con el cabello alborotado y una sonrisa satisfecha—. ¿Qué estás reformando? No oigo ningún ruido.

—¿Me has estado espiando? —Se acercó otra vez. La luna dibujaba reflejos plateados en el cabello castaño de ella; sus ojos azules parecían pesados de cansancio y saciedad. Sus labios hinchados eran prueba suficiente de que nada había sido imaginación.

—No —respondió, apartándose el flequillo de la cara—, pero si se puede oír tu guitarra, me ha parecido extraño ese silencio. Aunque estuvieras pintando, escucharía algo. Muebles siendo arrastrados, tal vez.

—Te olvidas de mi habilidad para ser sigiloso. —Ella bufó, incrédula—. Está bien, tienes razón. Lo que estoy construyendo no requiere martillos ni taladros… todavía. Por ahora, solo paciencia y estudio. Como te dije, me gusta entender el desafío antes de ponerlo en práctica.

Sara frunció levemente el ceño. Si aún estaba estudiando, ¿para qué las maderas? ¿Sería algo fuera de las normas de la comunidad? ¿Una caseta para un perro? —nunca había oído ladridos

—. ¿Un gato? ¿Una sala acústica para la guitarra? Las hipótesis se atropellaban.

Pero las respuestas quedarían para otro día. Igor se despidió con un beso que empezó lento y terminó robándole el aliento. Cuando Sara recuperó la compostura, el apartamento estaba vacío.

Si las plantas pudieran hablar, seguramente opinarían sobre el próximo paso de su dueña. Quizá comentarían la forma en que él la había hecho perder el control, o intentarían descifrar por qué su nuevo amante se había marchado a esa hora de la noche, haciendo el mínimo ruido al salir con el coche.



Capítulo 9

La supuesta relación se instaló en una cómoda constancia. Si antes las noches de Sara estaban llenas solo por la facultad, con la llegada de Igor el periodo nocturno ganó nuevos contornos —deliciosamente sustanciales—. Cenas casi diarias, preparadas y servidas por él, siempre en el apartamento de ella, ya que el de él permanecía "imposibilitado". La secuencia era previsible: comida, risas y Sara de postre.

Es claro que ella le había preguntado otras veces sobre la reforma. Y siempre recibía respuestas plausibles: — "Ya he estudiado todo lo que podía. Mañana me pongo manos a la obra". — "Aún no he terminado, tardará un poco". — "Está hecho un desastre. Tengo que llamar a una limpiadora".

Sin darse cuenta, la nieta de Vargas pasaba menos tiempo refugiada en su mundo imaginario. Las evasiones se limitaban a las visitas de Tereza o a las conversaciones esporádicas con Castelo.

Práctico y seguro, Igor se había convertido en un alivio en la rutina agotadora de la universitaria. La presión por el final de la carrera —y la sensación de que el tiempo se le escapaba— hacían que sus decisiones fueran casi insoportables. Él, por su parte, sabía exactamente cómo distraerla. Utilizaba las manos y el cuerpo con maestría; conocía los puntos exactos, los besos exactos. Un antídoto eficiente contra las sombras que, a veces, él sorprendía en el rostro de ella.

Había intimidad, pero solo física. Intercambiaban gemidos y orgasmos, pero no compartían la misma cama. No se dormían abrazados como amantes confesos. No compartían inseguridades. Las conversaciones se mantenían en el territorio seguro de las banalidades y las provocaciones. Sara escondía su frustración; Igor, sus salidas nocturnas.

En una de esas noches, mientras tomaba una taza de té humeante en un intento de recuperar el sueño que la visita de él le había robado, Sara se quedó ante la ventana contemplando la calle. El cuerpo aún vibraba por las caricias recientes; la mente, como siempre, nublada por la mezcla de placer e inquietud. La inquietud venía de la constatación silenciosa: su corazón parecía listo para enamorarse.

Perdida en sus pensamientos, casi no notó la sombra que abandonaba el edificio a pasos apresurados. La postura rígida despertó su curiosidad. Se acercó al vidrio, con la frente pegada a la ventana. Si la abría, podría hacer ruido, y él se daría cuenta.

Sí, era Igor. Se movía con prisa, casi como si huyera. Ella lo observó entrar en el coche estacionado al otro lado de la calle. Faros apagados. Salida discreta. «¿A dónde va?».

Semanas antes, habría ignorado el episodio. No era asunto suyo. Pero los besos y las confidencias —y otras intimidades— parecían concederle algún derecho a preguntar.

—Tal vez no sea asunto mío, pero te lo voy a preguntar de todas formas —comentó Sara la noche siguiente, mientras Igor lamía distraídamente la cuchara con el resto del helado de chocolate.

Él levantó la mirada, curioso. —Te vi salir ayer. Me pareció extraña esa forma… furtiva.

—Así que es eso. La prueba que necesitaba. —Él se levantó, llevando la copa al fregadero. —¿Ah? Sara lo siguió. Su propio helado permanecía intacto sobre la mesa; lo prefería cuando empezaba a derretirse.

—Realmente me has estado espiando… —dijo él, con una sonrisa de lado. La espuma cubría sus manos grandes mientras lavaba los platos, rompiendo el acuerdo tácito de que esa era la función de ella.

—Fue coincidencia —respondió, cogiendo el paño para secar las piezas.

—Estoy bromeando, Sara. —Él enjuagó el último plato—. Olvidé un documento importante en la oficina. Tenía que firmar una decisión que no podía esperar.

—Debía de ser algo muy serio.

—Lo era. Es parte del cargo. Cuando te gradúes, lo entenderás. Decisiones así serán comunes.

—Hum… —Ella se desvió hacia el armario, poco dispuesta a hablar sobre el futuro.

Igor cerró el grifo y la miró con intensidad. La barba que empezaba a asomar no ocultaba la expectativa de una respuesta honesta.

—Ya que estamos preguntando cosas que tal vez no nos incumben… ¿estás feliz con tu elección? —La voz era firme, pero cuidadosa—. Nunca te oigo hablar de la facultad con entusiasmo. Solo quejas o evasivas.

Sara deseó que el teléfono sonara. Que la alarma de incendios saltara. Cualquier interrupción sería bienvenida. Las mentiras estaban listas, arraigadas. Sería fácil repetirlas mientras secaba la copa de helado. Pero Igor no era Tereza, ni Jonas, ni Vargas. No parecía justo engañarlo.

—Mi sueño siempre fue estudiar Botánica. —Sus ojos buscaron el cactus sobre la mesa. Pequeño, resistente, lleno de espinas—. No sé si te has dado cuenta, pero me encantan las plantas.

—Casi no lo noto —ironizó él suavemente, cruzando los brazos sobre el pecho—. Entonces, ¿por qué Administración?

—Por mi abuelo. La respuesta salió automática.

—¿Él te lo pidió?

—¡Claro que no! —La defensa fue rápida—. Es mi forma de agradecer todo lo que hizo por mí después de que mis padres murieran. Recibí más amor del que te imaginas.

Igor asintió, comprensivo. —Lo entiendo. ¿Pero no crees que él preferiría verte feliz? No me pareció alguien que exigiera sacrificios así.

—Soy la única que queda en la familia Tisiros. Debo continuar con el legado. Se sentó en el único taburete bajo la mesa. Los hombros encorvados delataban el peso de la responsabilidad.

Igor se agachó ante ella, a la misma altura. Cielo contra tierra. —El legado puede continuar sin aprisionarte. Puedes supervisar. Delegar. Seguir con Botánica y, aun así, mantener la empresa bajo tu mirada.

La propuesta era tentadora; peligrosa, incluso. Pero su mente no funcionaba así. La gratitud era una deuda, y la deuda exigía un pago.

—No es sencillo. Están contando conmigo.

—¿Y cuando se trabaja sin amor?

—Amaré lo que haga —afirmó, casi con terquedad—. Con la misma intensidad con la que amo las plantas. Aunque tuviera que aprender a la fuerza.

—En el testamento, tu abuelo dejó claro que eres la única heredera —completó él.

—¿Él llegó a decir que quería que tú asumieras el mando? La delicadeza de la pregunta casi la hizo ceder. Las lágrimas amenazaron con brotar.

—Creo que no… Recordar aquel día en el despacho del abogado era como atravesar la niebla. El dolor lo había distorsionado todo.

—Entonces… No había un "entonces". Había una decisión.

—Puede que no esté escrito, pero siempre ha estado implícito. Administrar la empresa es parte de mi futuro. Lo dijo con tanta convicción que casi se convenció a sí misma.

Para cerrar la conversación —y cualquier brecha emocional— Sara cogió la cuchara, la llenó de helado y la llevó a los labios de Igor. Aquel asunto debía terminar allí. Por el bien de los dos. Principalmente por el futuro incierto de esa relación que aún fingían no nombrar.



Capítulo 10

La conversación con Igor rondaba la mente de Sara como una serpiente paciente, esperando el momento justo para atacar. Delegar la responsabilidad de la empresa y dedicarse a lo que realmente amaba —sus plantas— sonaba como un sueño casi indecente de tan tentador.

Pensó en Vargas. Rebuscó en sus recuerdos, frases sueltas, miradas antiguas, intentando encontrar algún indicio de que él aceptaría quedar en un segundo plano en su propia empresa. No encontró nada que contradijera el camino que ella había elegido. ¿Abandonar completamente? Jamás. Eso estaba grabado en ella como una cicatriz. Pero, por primera vez desde la muerte de su abuelo, alejarse de las decisiones finales no le parecía una traición.

Aun así, había un obstáculo crucial: ¿quién sería digno de asumir aquel puesto? No se trataba solo de papeles, contratos y órdenes. Se trataba de amor. De entrega. De un legado construido con sudor.

El rostro de Igor surgió inevitable. Él sabía venderse bien, de eso no había duda. ¿Pero cómo evaluar su capacidad profesional basándose en posturas bien ejecutadas y acordes discutibles de guitarra? Además, su corazón estaba demasiado involucrado en la ecuación. Si Igor fallaba, ellos podrían fallar. ¿Pero existía un "ellos"? No intercambiaban mensajes cariñosos a lo largo del día. Nada de

llamadas inesperadas. Solo comunicados prácticos: — "He pasado por el mercado". — "He comprado los ingredientes".

Cenaban. Se amaban. Platos lavados. Cada uno seguía su camino. Los sábados y domingos, Igor desaparecía sin explicaciones y Sara no se atrevía a exigir su presencia. Nunca habían establecido reglas. Ninguna promesa. En el papel, eran solo una amistad con derecho a roce. Al menos para él.

Porque Sara estaba enamorada.

—Has conseguido, en un solo día, reducir casi a la mitad el trabajo del jardinero.

Jonas se detuvo a su lado. Sara estaba arrodillada en la tierra, arrancando malas hierbas con una furia silenciosa. Él la observaba desde hacía unos minutos: su pequeña niña de ojos azules, guerreando contra la maleza como si se enfrentara a algo mucho mayor.

La visita a la antigua casa había sido impulso y necesidad. El jardín siempre había sido su refugio. Las plantas del apartamento ya no daban abasto con la inquietud que la consumía. Aun así, se mantuvo solo en el exterior. Entrar en la mansión era atravesar la memoria viva de su abuelo, y aún no estaba lista.

—Creo que tienes razón… —Se levantó, con los vaqueros marcados por la tierra y el sudor recorriéndole la espalda. Observó la extensión del estrago que había causado en las invasoras verdes. Nada como una mente perturbada para acabar con las hierbas tercas.

—Si te conozco bien, hay algo que te molesta. Solo trabajas así cuando tienes la cabeza en guerra. —Él se rascó la barba blanca. Su Papá Noel particular.

—No es nada. Solo necesitaba quemar energía. O acumular valor.

—Pequeña Sara… —Jonas posó su mano callosa en el brazo de ella—. Tienes un corazón demasiado grande para las mentiras. Y, seamos sinceros, nunca se te han dado bien. ¿Recuerdas cómo tu abuelo descubría la verdad solo por el tono de tu voz?

Ella se rió, genuinamente. —Me moría de miedo cuando me llamaba al despacho. Una vez casi me hago pis encima… y ni siquiera había hecho nada malo. Solo usé mi zapato como maceta para plantar una semilla de girasol.

—Entonces, si cambio el tono de voz y te llevo al despacho, ¿conseguiré la verdad? El cariño de la broma la envolvió como una manta antigua, de esas guardadas en el baúl de la infancia.

—Jonas… Él notó la fisura. Esperar a que ella se abriera sola sería inútil. Siempre había sido así. Desde los doce años.

—Cada uno lidia con la pérdida a su manera —continuó él—. Yo me desahogo con la comida. Tereza llora a escondidas. Y tú… tú huyes. Siempre has huido. Pero huir no cura.

Los ojos de ella delataron su desesperación. Buscaban rutas de escape. —Hagamos algo diferente —sugirió él con suavidad—. Dime solo qué es lo que más duele. Sin detalles. Solo la esencia.

Sara vaciló. Años construyendo muros de hormigón emocional. ¿Cómo deshacer aquello ahora? Pero ese aislamiento le había salido demasiado caro: amistades, elecciones, sentimientos… Igor. Tenía veinte años. Fingir era agotador.

—La soledad. La palabra salió cruda, casi áspera.

—Me sentí sola cuando murieron mis padres. Abandonada. Os tenía a vosotros, tenía a mi abuelo… pero no era lo mismo. Ellos no estaban allí para darme las buenas noches o para reñirme. Aquella niña de doce años cambió. A mi abuela ni la recuerdo. Ahora mi abuelo también se ha ido. Vosotros seguiréis con vuestras vidas… y yo me quedo. Siempre me quedo. Parece que nací para eso. Hasta las plantas mueren y me dejan.

Le faltó el aire por un instante. Las lágrimas amenazaron con salir, pero las contuvo. Llorar nunca le había parecido útil. Jonas sujetó sus manos frías.

—Las plantas mueren, sí. Pero nacen otras. Es un ciclo. Tus padres se fueron… y yo, Tereza y tu abuelo entramos en tu vida. Él se marchó. Un día, Tereza y yo también nos iremos. Y otras personas ocuparán ese espacio. Amarás. Construirás una familia. Dejarás hijos al mundo. Así es como funciona. Vida, muerte, renacimiento. La ley que lo rige todo, incluido tu jardín.

Sara se quedó en silencio. Por primera vez en mucho tiempo, no reaccionó con resistencia. Pensó en su abuelo —que también había perdido a su esposa pronto— y, aun así, había seguido adelante. Sufrió cuando partió su hijo, pero renació como abuelo. Un rompecabezas que, visto de lejos, no tenía piezas faltantes. Algo dentro de ella cedió. Como hormigón que empieza a agrietarse.

Vida. Muerte. Renacimiento.

—Entonces… —Se aclaró la garganta, apretando la mano de él—. Según tu teoría, ¿tú serías un *Ficus Benjamina*? Una planta aparentemente dócil, pero con una sed y unas raíces poderosas. Ella sonrió. Jonas respiró aliviado.

—No tengo ni idea de qué es eso. Creo que soy más bien una planta carnívora. Si no empezamos a limpiar este jardín, Tereza nos devora.

Rieron juntos. No había una solución mágica. No había una cura instantánea. Pero la primera capa de cemento se había ablandado y eso, para quien siempre ha huido, era un avance gigantesco. Jonas soltó sus manos, ahora cálidas, y volvió al trabajo. Sara se arrodilló de nuevo en la tierra, pero esta vez no arrancaba solo malas hierbas.

Estaba empezando, finalmente, a plantar algo nuevo dentro de sí misma.



Capítulo 11

El cuerpo de Sara vibraba con los descubrimientos. ¿Cómo había estado tan ciega? La vida podría haber sido menos sufrida si hubiera visto las pérdidas desde otra óptica.

—Dios mío… estabais aquí todo el tiempo mostrándome la verdad —le dijo a la palmera *Areca* que decoraba el vestíbulo.

Sí. Cambiar lo muerto por lo vivo.

Aun así, la claridad había surgido en el momento justo. «Cada cosa tiene su tiempo», solía decir su padre. ¿O acaso aquella percepción tenía que ver con el hombre de un metro noventa que la visitaba regularmente? Tal vez, con el corazón ligero y la mente y el cuerpo finalmente alineados, el resto simplemente se había enfocado.

Sonreía como una adolescente mientras se dirigía a la ducha. Se deshizo de la ropa manchada de tierra y recibió el chorro caliente como un premio. La musculatura se relajó. El vapor llenó el baño. El aroma del champú se mezcló con los pensamientos que le bullían en la cabeza.

Necesitaba actuar. Hablar con Castelo. Si fuera necesario, reunir al Consejo. Terminar la carrera con excelencia. Después, empezar Botánica. Y… demostrarle a Igor lo que sentía.

Pensar en el administrador le provocó un escalofrío en la piel.

La noche empezaba a caer. Cuando la luna estuviera alta, llegaría su cocinero particular. Pero Sara decidió cambiar los planes. Como las clases se habían cancelado a última hora, Igor merecía algo hecho por ella.

Salió de la ducha listando mentalmente lo que había en la nevera y en la despensa. Eligió un vestido de tirantes finos —una prenda que se rendía con facilidad a las manos de él—, se peinó y corrió a la cocina.

Mientras elaboraba el menú, las plantas parecían vibrar en sintonía. —¿*Strogonoff* de carne o de pollo? Apuntó con la cuchara de madera al cactus. La begonia, a su lado, observaba en silencio. ¿Hablar con las plantas? Sí. Ellas sentían. Ella estaba segura.

Sopesó avisar a Igor sobre el cambio, pero desistió. Aún era temprano. Probablemente él estaría en una reunión —y siempre confirmaba antes de aparecer—.

Antes de poner la música, un ruido proveniente del piso de arriba llamó su atención. Algo pesado siendo arrastrado. Frunció el ceño. No era común que Igor estuviera en casa a esa hora. Aun así, no había motivo para extrañarse. Todo el día había estado marcado por decisiones y nuevos comienzos.

Sus pies empezaron a subir la escalera antes de que la razón interfiriera. Estaba feliz. Tenía ganas de verlo. Y tenía derecho a desahogarse.

Subió al compás de su propia respiración, acelerada. Las dudas intentaron filtrarse: ¿se alegraría de verla? ¿Tendría valor para decirle lo que sentía? ¿Podría confiar en él hasta el punto de revelarle su decisión sobre la empresa?

Al llegar al pasillo de la tercera planta, se detuvo. Otro entendimiento le atravesó el pecho. Desde que había aceptado el futuro según su propia voluntad, el mundo imaginario había desaparecido. Nada de huidas. Nada de preguntas tontas. Sonrió. Una sonrisa plena, luminosa.

—Qué día… —murmuró.

Llamó dos veces a la puerta. Oyó ruidos amortiguados. ¿Tendría visitas? Si las tenía, mala suerte. Necesitaba hablar con él. Poner frente a frente al cielo y a la tierra. Antes de que insistiera, la puerta se abrió lo justo para revelar a un hombre ocupando el umbral.

—¿Sí? El sudor le corría por la frente. —Ah… Marcão, ¿verdad? Él asintió.

La camiseta sucia y el taladro en la mano explicaban el ruido. Así que sí había una reforma allí dentro. Igor había dicho que no necesitaba martillos ni clavos. Por lo visto, había cambiado de opinión. La curiosidade despertó.

—Siento molestar, pero quería hablar con Igor. Marcão se mantuvo firme, bloqueando el paso. —El señor Baumon no está. La respuesta fue seca.

—Está bien. Dejé mi cuaderno de la facultad ahí dentro. Solo voy a cogerlo y me voy. Dio un paso al frente. Marcão no cedió. —No será posible, señorita. Tengo órdenes de no permitir la entrada a nadie.

El ceño de Sara se frunció aún más. Lo del cuaderno era un invento, pero él no lo sabía. ¿Qué había allí dentro?

—Lo siento. La puerta se cerró. El sonido del pestillo ecoó por el pasillo.

Si antes la curiosidad susurraba, ahora gritaba. Y Sara jamás había ignorado una llamada.



Capítulo 12

Igor no apareció para cenar esa noche. Ni la siguiente.

Aun así, envió un mensaje justificando su ausencia: — He tenido que viajar para resolver un problema de trabajo. Voy a volver muerto de hambre. Cuando llegue, la cena será por todo lo alto.

Esa pequeña atención alimentó las certezas de Sara. «No puede ser solo sexo», concluyó. Al principio, tal vez. Pero después de tantos encuentros, miradas prolongadas y caricias compartidas, su intuición le decía que algo concreto había brotado en el corazón del administrador.

La pausa forzada le sirvió para medir la magnitud de su propio sentimiento. Sintió su ausencia con una violencia inesperada. Ni siquiera las plantas surtieron el efecto habitual. La ecuación estaba en desequilibrio: planta más Igor más paz.

Hasta echó de menos que desafinara con la guitarra.

No intentó volver a visitar el apartamento del futuro —quizás — músico. Incluso cuando se cruzó con Marcão en el pasillo, se limitó a un saludo discreto. Recibir otro "no" no le daría respuestas. Y si alguien le debía explicaciones, era el dueño del inmueble. Además, los ruidos habían cesado.

El plan era esperar el regreso de Igor antes de hablar con Castelo. Sin embargo, el antiguo entumecimiento había dado paso a una ansiedad inquieta. La necesidad de actuar habló más fuerte.

Llamó al abogado. — ¿Puede recibirme esta tarde? — equilibraba el teléfono entre el hombro y la oreja mientras sostenía un vaso de limonada.

— No puedo ir al despacho hoy, señorita Sara. Estoy en la sede de la empresa. Última semana del mes, informes que presentar. Si quiere pasarse por aquí…

Sara respiró hondo. La sede significaba el edificio de cinco plantas, todo acristalado. Buen gusto y sencillez: marca registrada de su abuelo. Nada de ostentación, a pesar de las cifras robustas logradas a lo largo de los años.

Hacía tiempo que no ponía un pie allí. Principalmente después de la muerte de sus padres. Bastó imaginarse cruzando las puertas de cristal, subiendo hasta la última planta y no encontrando a su abuelo en el sillón de cuero marrón para que un sudor frío le recorriera la espalda.

«Aún no estoy lista».

— No quiero estorbar —respondió con voz baja. — Si es urgente, puedo salir un momento… — ¡No! —se apresuró—. No es nada que no pueda esperar.

Castelo hizo una breve pausa. — Mañana tengo reuniones por la mañana, pero después estaré libre. ¿Qué tal si almorzamos? Podemos ir a su restaurante favorito y hablar con calma. — Me encanta la idea.

Aceptó, aunque la decepción la acompañaba como una sombra. Tras colgar, dejó que su mirada vagara por el apartamento, como si buscara sabiduría escondida entre los muebles y las plantas.

¿Por qué era tan difícil? De repente, la envolvió una admiración aún más profunda por su abuelo. Él había vivido dentro de aquella empresa cargando con la memoria de su hijo muerto. Y al volver a casa, encontraba en el rostro de su nieta el recuerdo constante de su propia pérdida.

La comprensión cayó sobre ella como un peso y, al mismo tempo, como un impulso. Vargas había sido un ejemplo. Y ella quería ser digna de eso.

Se levantó de un salto. Cogió el bolso. Se terminó la limonada de un trago y dejó el vaso sobre la mesa. Si no estaba lista, lo estaría.

Salió al encuentro del abogado.

***

Sara se detuvo ante la amplia puerta de cristal y se permitió un minuto para respirar. Cada vez que alguien entraba o salía, el mecanismo automático abría paso y el aire acondicionado escapaba, gélido, rozándole la piel.

Dentro, la recepcionista observaba a la joven estática, intentando comprender por qué bloqueaba el paso. Imágenes de su familia danzaron ante los ojos de Sara. La nostalgia, antes amortiguada por sus nuevos intereses, ahora exhibía sus peores miedos.

«¿Cerré la puerta?». «¿Saqué la basura?». «¿Colgué la toalla?».

El deseo de volver al coche y mantener el almuerzo pactado con Castelo hizo que diera dos pasos atrás. Se sintió pequeña. Frágil. Como el día en que recibió la noticia de la muerte de sus padres. Como cuando Vargas se marchó. Pero el deseo de estudiar las plantas, de entender sus ciclos, sus interacciones y su lógica silenciosa, la empujó hacia adelante.

Sara iniciaba su propio ciclo. Entró.

—Buenas tardes.

La recepcionista, una mujer de cabello corto y perfectamente teñido, levantó la mirada. El uniforme lucía el logotipo bordado en el bolsillo izquierdo. Sara se fijó en aquel detalle: las iniciales del legado de los Tisiros.

—Busco al doctor Castelo. —Tú eres Sara, ¿verdad? ¿La nieta del señor Vargas?

El susto hizo que ella solo pudiera asentar con la cabeza. —Perdone la intromisión. A él le encantaba enseñarnos fotos suyas.

Algo se apretó en su pecho. Sabía que su abuelo la había amado; no sabía que aquel amor se había extendido por los pasillos de la empresa. —Siento mucho su pérdida —añadió la recepcionista.

Sara respiró hondo. —Pero no fue solo mía… fue de todos, ¿verdad?

La mujer sonrió con tristeza. —A veces todavía imagino que va a entrar por esa puerta, sonriendo y contando cómo fue el fin de semana con usted.

Las palabras se quedaron atrapadas en la garganta de Sara. Cambió el peso de su cuerpo. Buscó algo que decir y no lo encontró. Dos macetas de *Chamaedorea* ornamentaban el ambiente. Naturales. Evidente. Su abuelo jamás habría permitido plantas artificiales allí.

El timbre del teléfono interrumpió el momento. La recepcionista pidió disculpas con un gesto y atendió. Aprovechando la distracción, Sara indicó que seguiría sola. La empleada sonrió y asintió.

Dentro del ascensor acristalado, comprobó su reflejo: vaqueros rotos en las rodillas, camiseta de tirantes color salmón, zapatillas blancas, bolso amarillo. Comodidad. Libertad. Ropa de quien pertenece a la tierra, no al mármol. La tristeza parecía haberle dado una tregua. El edificio no era el monstruo. Era su mente.

Cuando la puerta del ascensor se abrió al pasillo enmoquetado, su corazón se aceleró. El despacho de la presidencia permanecía intacto. Según Castelo, no se utilizaría hasta que ella asumiera el cargo.

—Perdona, abuelo… pero ese lugar no es mío —susurró.

Siguió hasta el último despacho del pasillo. La puerta estaba entreabierta. —Castelo… —llamó. —¡Señorita Sara!

El abogado soltó sus anotaciones y esbozó una sonrisa genuina. La abrazó con cariño. —¡Qué sorpresa! Habías dicho que… —Lo sé. Pero no puedo huir de aquí para siempre.

Ella se apartó, observando el entorno. Papeles esparcidos, sillas fuera de su sitio, vasos de agua a medias. En la pared, un gráfico colorido ocupaba la pantalla del televisor. Vida real. Empresa real.

—No te imaginas cuánto he esperado este momento —dijo él —. Todo esto es tuyo. —Es exactamente por eso por lo que he venido.

Se sentaron. —Castelo… no estoy lista para ocupar el lugar de mi abuelo. Él no la interrumpió. —Tal vez nunca lo esté. Mi sueño es ser botánica. Siempre lo ha sido. Pero eso no significa que quiera abandonar el legado. Tengo algunas ideas…

Se lo contó todo. Sin ocultar nada. La elección de Administración. El peso de la obligación. El amor por las plantas. La sugerencia de Igor. La posibilidad de supervisar la empresa de forma estratégica, participar en las decisiones, entender el funcionamiento… pero sin renunciar a su propia felicidad.

Castelo escuchó en silencio. Cuando ella terminó, él levantó las manos. —¡Por fin!

La carcajada resonó ligera, casi aliviada. Sara frunció el ceño. —¿Cómo que por fin? —Señorita Sara, siempre supimos que no querías ocupar este puesto. Tisiros creció porque fue administrada

con amor. El mismo amor que tú tienes por las plantas. Tu abuelo nunca impuso esa obligación a nadie. Ni a tu padre. Mucho menos a ti.

Ella se quedó inmóvil. —Él nunca me dijo nada… —Porque habrías aceptado por gratitud. Y él lo sabía.

El silencio que siguió fue denso. —Él quería que el tiempo hiciera su trabajo. Que eligieras por madurez, no por culpa.

Los ojos de Sara se empañaron. —Entonces… mi abuelo… —Siempre iba un paso por delante.

Castelo se levantó y le sirvió un vaso de agua. —Pensé que después de leer la carta lo entenderías. —¿Carta?

El mundo pareció inclinarse. —La que está en tu baúl. Te hablé de ella el día del testamento.

Ella se llevó la mano al cabello. —No recuerdo… casi nada de aquel día. —El error fue mío también. Estabas perdida. Y, con las prisas, dejé que pasara. —¿Sabes qué dice? —No la he leído. Pero él me comentó algunas partes.

Demasiada información. Demasiada emoción. —Vamos a bajar a tomar un café. Aún tengo tiempo. Puedo explicarte mejor los cambios que él dejó planeados.

Sara asintió, casi de forma automática. Caminaron hacia el ascensor. Su mente bullía. Carta. Elección. Libertad concedida. Al pasar frente al antiguo despacho de su abuelo, notó las luces encendidas.

Se detuvo. Castelo siguió hablando, sin notar que ella ya no lo acompañaba. La mano de Sara tocó la manilla fría. El contraste con su palma caliente hizo que su corazón se disparara. Años sin entrar allí. «¿Aun quedará su aroma?».

Abrió la puerta. La luz intensa y el sonido de la impresora la pillaron desprevenida. Y la respiración pesada de Castelo a sus espaldas confirmó lo que veía:

No estaba sola.



Capítulo 13

—Ah… —Sara se quedó mirando al hombre sentado, muy bien instalado tras el escritorio de Vargas. Notó cómo levantaba el rostro y se recostaba en el sillón de alto respaldo que había pertenecido a su abuelo—. Pero… cómo…

Una vez más, debería haber hecho mucho más que balbucear palabras inconexas. Comprobar si realmente estaba en el lugar adecuado. Pedir cita con el oculista. Llamar a los guardias de seguridad. Llamar de inmediato al abogado —quien, por cierto, permanecía parado justo detrás de ella—. Sin embargo, el dueño de aquella mirada fija y penetrante le robó cualquier discernimiento.

—Veo que estamos destinados a los encuentros sorpresa.

La voz rozó la piel de Sara, pero el efecto fue distinto al de la primera vez. Igor intentó usar su carisma habitual cuando, en realidad, todo dentro de él gritaba lo contrario. Lo que tanto había intentado evitar —por no estar listo aún para aquella revelación— había sucedido.

—¿Qué haces tú en mi despacho?

Los puños cerrados a los lados del cuerpo delataban su furia. Castelo entró en la estancia y se colocó entre ambos.

—Y allá vamos… —Igor sonrió.

Sara ignoró el pequeño vuelco que dio su corazón al verlo. La confusión que nublaba su mente superaba cualquier emoción. No podía huir. Ni esquivar las verdades.

—¿Tu despacho?

Igor recurrió al viejo truco. «No cuesta nada intentarlo», concluyó. Le sudaban las manos y la corbata roja parecía apretarle el cuello. «No tenía que ser así», repetía mentalmente. «Por favor, Sara».

—Sí, exactamente. Y ni empieces con tus jueguecitos. Este lugar era de mi abuelo. Ahora es mío. Y tú no tienes derecho a estar aquí.

El tono áspero llenó el ambiente. Sus ojos azules parecían oscurecidos por la rabia.

—Esta vez has ido directa al grano.

Una risa breve escapó de los labios del empresario. Para cualquiera que mirara desde fuera, su postura relajada parecería arrogante, depredadora. Pero solo Igor sabía que aquel era su mecanismo de defensa.

—Igor… —había una advertencia clara en la voz de Castelo.

—¿Lo conoces?

El abogado recibió el impacto de la mirada fulminante. La furia hacía que el cuerpo de Sara temblara. Castelo respiró hondo. «Vargas no previó este choque», pensó. O tal vez sí lo hizo e ignoró el riesgo. Se aclaró la garganta. Hora de enfrentarse a la fiera. «Si me hubiera quedado en la sala de juntas…».

—Sí. Él forma parte de los cambios de los que pensaba hablarte.

—No entiendo nada, Castelo. ¿Podrías ser un poco más específico con la heredera de esta empresa, por favor?

Había un hilo cortante de insolencia en su voz.

—Cuando el señor Vargas… —No estoy hablando contigo.

Sara ni siquiera miró a Igor antes de continuar: —Y levántate de esa silla.

Igor se levantó y se alejó del escritorio. ¿Por qué se había dejado llevar por el corazón? ¿Por qué no se había mantenido distante hasta que Sara comprendiera su propio futuro? Las preguntas se amontonaban. Un empresario hábil como él conocía los riesgos de trabajar con proyecciones ilusorias. ¿Entonces por qué se había permitido vivir en aquella ingenuidad?

—Como te dije antes —retomó el abogado—, Igor forma parte de los cambios que están ocurriendo. Es un excelente profesional. Estaba siendo entrenado por tu abuelo. De hecho, la entrevista y la contratación fueron decisiones del señor Vargas.

—Espera…

Sara levantó la mano y se giró hacia Igor. La comprensión empezaba a tomar forma.

—¿Entonces todo no fue más que una farsa? Que estuvieras en mi edificio, los consejos…

—¡No, Sara! No lo entiendes…

Él intentó acercarse, pero desistió cuando ella dio un paso atrás.

—¡Claro que lo entiendo! Fue idea tuya que yo me alejara de aquí. ¿Me equivoco? Me has manipulado todo este tiempo para ocupar mi lugar. ¿Acostarte conmigo también entraba en tus planes?

Castelo soltó un suspiro resignado. La situación era peor de lo que había imaginado.

—¿Será que mi abuelo también previó este paso?

Ella miró fijamente al abogado, tan aprensivo como Igor.

—¿Por qué nadie me contó nada? Los dos me habéis mentido…

—Señorita Sara… —¡No me llames así!

El grito retumbó en las paredes del despacho. La veían como a una niña, y ella lo odiaba. Permitió que la indignación la guiara de un lado a otro por la espesa moqueta. Nuevas capas de sentimientos la envolvían. Toda la confianza ganada en los últimos días se transformaba en un recuerdo amargo.

—Yo preocupándome por la empresa, por los empleados, por los consejeros… por lo que mi abuelo pensaría de mí. Y, en realidad, deben de estar tomándome por idiota en los pasillos. La niña mimada que no es capaz de asumir el cargo.

—Tenemos nuestra parte de culpa, Sara. Pero te equivocas en eso. Para todos, fuera de este despacho, Igor es solo un empleado que me ayuda en la administración. Él también tiene que ganarse la confianza del consejo. Solo sería reconocido en su nueva función cuando tú comprendieras el deseo de tu abuelo.

Sara permanecía de espaldas. Con la mirada fija en el portarretratos sobre el mueble: la foto familiar.

—Hasta que eso sucediera, solo estábamos siguiendo sus órdenes. Vargas fue claro: tú leerías la carta y todo se resolvería.

Castelo explicaba, aunque también se sentía agotado por el error. Le había advertido a Vargas de que aquella decisión podría no ser la mejor.

—¿Y si nunca hubiera leído la carta? ¿Y si no hubiera decidido venir hoy a hablar contigo? ¿Habrían seguido las mentiras?

El abogado levantó la mano, impidiendo que Igor interrumpiera.

—Claro que no. Yo solo quise darte tiempo. Imaginé que lo sabías todo y que necesitabas unos días para reponerte. Como dije antes, me equivoqué al no asegurarme de que la habías leído.

—Nadie tenía derecho a tratarme como a un títere. Mucho menos mi abuelo.

Una lágrima traicionera resbaló. Sara se la limpió con firmeza. Llorar sería admitir cuánto la destrozaban aquellas revelaciones.

—Tú mismo dijiste que estarías siempre aquí para mí, independientemente de los temas legales. —Señaló a Castelo—. Y te creí. Ahora me doy cuenta de que también fue una mentira.

Castelo sacudió la cabeza, intentando alejar el desaliento. Se merecía aquellas palabras, aunque hubiera actuado con buena intención.

—Y tú…

Sara se volvió hacia el nuevo presidente de Tisiros. El dolor corría libre por su cuerpo. Se sentía usada. Sucia. Ingenua. Patética. ¿Cómo había podido estar tan ciega? Igor siempre había sido obstinado con su carrera y superficial en la relación… y ahí estaba la explicación. Ella era un medio para alcanzar un fin. Su billete premiado.

Miró a su alrededor. El despacho era casi el mismo. El aroma de su abuelo, antes reconfortante, ahora olía a otra cosa. A Igor. Él dominaba el espacio. Dejaba su marca.

Su corazón se contrajo. La tristeza inundó sus ojos. No solo por la manipulación, sino por darse cuenta de que, mientras intentaba agradar a su abuelo y a Igor, había ignorado su propia intuición. Siguió reglas. Consejos. Estrategias.

Ignoró a su corazón.

***

El sonido de pasos y voces en el pasillo arrancó a Igor de su estupor. Presenciar la interacción entre Sara y Castelo le había dado una muestra dolorosa de cómo la mente y el corazón de la universitaria estaban en desacuerdo.

Sara. La mujer alegre, humilde, de corazón puro… le había demostrado que existían otras pasiones más allá de la profesión. Enamorarse no figuraba en sus informes, tal como ella misma había creído. Al principio, el sexo ardiente fue el combustible ideal para sus encuentros. Sin embargo, con el paso de los días, la joven de piernas largas se hizo un hueco en la mente y el alma de Igor.

La admiración se transformó en amor con cada sonrisa, en sus miradas perdidas mientras hablaba de la familia, en la cantidad absurda de plantas repartidas por la casa y, sobre todo, en la forma en que su cuerpo vibraba ante los pequeños gestos. Desde la intimidade de cocinar juntos hasta el modo en que ella fingía apreciar sus intentos con la guitarra.

Seguir los impulsos del corazón nunca había sido un problema para Igor. Si era solo sexo, que así fuera. Si el amor entraba en la ecuación, mejor aún. Nada como entregarse en cuerpo y alma. Pero estar con Sara había despertado algo distinto: cautela. La relación comenzó como algo casual, pero con alguien que merecía la verdad. Transparencia. Cuidado.

Y él había fallado.

Tal vez aún hubiera tiempo de arreglarlo. Especialmente al notar el impulso de huida grabado en el rostro de ella cuando se dio cuenta de que ya no estaban solos.

—Firmaré cualquier documento que sea necesario para hacer oficial la voluntad de mi abuelo, Castelo. Puedes anunciarlo al Consejo…

Sara irguió los hombros, ignorando los pasos de Igor en su dirección. Necesitaba irse. Encerrarse en su apartamento y recoger los pedazos.

—No.

La voz profunda de Igor golpeó contra el muro que ella había levantado. —Castelo, por favor, déjanos a solas un minuto.

El abogado vaciló al notar la rigidez en el cuerpo de Sara. La palidez que antes se explicaba por las revelações se intensificó ante la orden de Igor. —No tenemos nada de qué hablar —ella intentó salir.

Igor le bloqueó el paso. —Sí, tenemos. Hasta ahora has sacado conclusiones basándote en lo que has visto y oído. Pero todo el mundo tiene derecho a defenderse. Tu abuelo me enseñó eso. Él nunca juzgaba sin escuchar a las dos partes. Y, como nieta suya, creo que puedes concederme lo mismo.

Las palabras la impactaron. Vargas siempre le había dado espacio para argumentar, incluso cuando la reprimenda ya estaba lista. Y, así como su abuelo no cedía a sus encantos, ella tampoco cedería a los de Igor. Ignoró sus ojos astutos, su barba de varios días, la energía que aún vibraba entre ambos.

—Puedes irte, Castelo. Hablamos después. Levantó la barbilla. Se cruzó de brazos. Si él tenía un propósito, ella también tenía el suyo. Castelo comprendió lo inevitable. Allí había dos soldados a punto de entrar en combate. Quien se interpusiera en su camino sería arrollado.

—Estaré en la sala de juntas.

Cuando la puerta se cerró, el silencio se volvió denso. Igor respiró hondo. Necesitaba bajar el tono. Sara podía estar cubierta de espinas —como sus plantas—, pero seguía siendo una rosa.

Su rosa.

—Conocí a tu abuelo como te conté. Él se me acercó para hablar del edificio. Hablamos. Tenía ese don… hablaba de cualquier tema con naturalidade. Aquel día, llegué tarde al trabajo. Pensé que nunca volvería a verlo. Pero, una semana después, apareció en mi puerta diciendo que estaba conociendo mejor la zona y me invitó a tomar algo.

Él sonrió, nostálgico. —Confieso que me pareció extraño. Casi me niego. Pero tu abuelo… tenía una determinación que yo

envidiaba. Convencía solo con la mirada. Yo quería ser como él.

A Sara se le cerró la garganta. La descripción era demasiado precisa. —Después de eso, una cosa llevó a la otra. Acepté la invitación para trabajar aquí. Pasé pruebas. Entrevistas. Entré como un empleado más.

—Tú nunca fuiste "uno más". Ella le sostuvo la mirada. Vio sinceridade, pero mantuvo la armadura.

—Solo descubrí sus planes cuando tuvo que ausentarse por motivos de salud. Cuando volvió, empezó a entrenarme directamente. Exigiendo. Enseñando. Preparando.

Sara recordó las noches en vela tras el diagnóstico. —Nunca deseé estar aquí sin ti. Pensé que me estaba preparando para aliviar su carga mientras se recuperaba.

—¿Entonces por qué mentiste cuando nos conocimos? ¿Por qué te inventaste lo de la reforma?

—No me inventé nada. Habían pintado mi casa. Y yo estaba en tu apartamento con la autorización de Vargas. Castelo me avisó de que te mudarías al día siguiente. Yo iba a marcharme. Pero tuve un día horrible… estaba destrozado por perder a mi mentor. —Se arrancó la corbata, asfixiado—. Cogí la guitarra para despejarme y se me pasó la hora. No se suponía que fueras a aparecer.

—Aun así, podrías haber dicho la verdad después. Cenábamos juntos casi todas las noches. El sarcasmo fue un golpe justo.

—No podía. Castelo fue claro: solo después de leer la carta.

—La carta… —Ella ya odiaba ese trozo de papel.

—¿Cómo iba a decirte: "vamos a compartir la presidencia de Tisiros"? No sabía si la habías leído.

—¿Entonces decidiste quedarte cerca para evaluar mi reacción?

—¡Fue al revés! —Se quitó la chaqueta y la lanzó al sofá—. No fui capaz de alejarme. Sabía que estaba mal. Pero tú… tú eres adictiva.

—Un polvo garantizado. La frase salió amarga.

—¡No! —su voz retumbó—. No tiene que ver con el sexo. Tiene que ver contigo. Con tu sonrisa. Con esa manía de hablar con las plantas. Con la nostalgia que me hacía contar los minutos para salir de la empresa y ver cómo te brillaban los ojos cuando llegaba.

Se detuvo frente a ella. —Estoy completamente enamorado de ti. De tu ropa manchada de tierra. De tus clases improvisadas sobre orquídeas. De todo.

El silencio pulsó entre ellos. Allí estaba el sueño que Sara había deseado: amar y ser amada. Pero el muro ya era demasiado alto.

—Estar a tu lado me ha enseñado que existe algo más allá de la profesión. —Él le sujetó las manos. Frías. Rígidas—. Si quieres, lo dejo todo. La presidencia. Tisiros. Empezamos de nuevo.

Las lágrimas resbalaron por el rostro de ella. El cuerpo quería ceder. La mente gritaba: «Mintió. Te usó. Huye».

—El mando de Tisiros es tuyo. Como quiso mi abuelo. —Soltó sus manos—. ¿Sabes por qué amo las plantas? Porque, aunque estén llenas de espinas, nunca me han herido a propósito. Si mis dedos sangran, es porque elegí no usar guantes. Elegí sentir la tierra. El frío de las hojas. Incluso el dolor de las espinas.

Dio unos pasos hacia la puerta. —Me gusta que ellas me hieran porque el dolor confirma mi elección. A diferencia de nosotros. Yo nunca elegí que tú me hirieras. Esa parte la dejé en manos de Dios cuando se llevó a mi familia. Solo Él tiene ese derecho. Nadie más.

Giró la manilla. Y salió.

Igor no vio cuándo se cerró la puerta. Solo sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Sus piernas cedieron. Y, por primera vez, el hombre que nunca había perdido una negociación se dio cuenta de que lo había perdido todo.



Capítulo 14

La noche ya era cerrada cuando Sara llegó a casa. Agotada mental y físicamente, entró en el apartamento prefiriendo la oscuridad. Encender las luces tal vez sacaría a flote problemas que ella deseaba mantener ocultos.

Caminó con cautela hasta el sofá y dejó que su cuerpo cansado se hundiera en él. La luminosidade de la calle proyectaba sombras en las paredes blancas. Levantó la mano y observó el dibujo formado por el gesto. Dedos largos y perfectos. Una mentira. No necesitaba verse las uñas para saber que estaban sucias de tierra, al igual que la ropa.

Cuando huyó de Tisiros, fue al único lugar donde se sentía acogida: el orquidario. Rodeada de plantas, intentó bloquear sus emociones y se sumergió en las tareas. Absorbió la energía de las flores e intentó llenar su corazón de esperanza. Lloró cuando ya no pudo contener las lágrimas y removió la tierra con la misma intensidad con la que su dolor la removía por dentro. Aun así, incluso después de horas en el lugar que más paz le brindaba, seguía perdida. Peor aún: solitaria.

Y esa constatación profundizó su tristeza. ¿Se restablecería alguna vez su corazón? ¿Por qué las plantas no habían funcionado?

Aún envuelta en la penumbra, se quitó la ropa sucia y decidió ducharse. La luz del móvil guio sus pasos hasta el baño, para después dejarla de nuevo en la oscuridad mientras el agua caliente

castigaba su piel. Por más que intentara huir de lo ocurrido aquel día, la imagen de Igor sentado en el despacho de Vargas la perseguía. ¿Había sido precipitada al irse? ¿Había motivos suficientes para no perdonarlo? ¿Estaba en lo cierto al dejar Tisiros bajo su cuidado? ¿Cómo seguiría viviendo en aquel edificio corriendo el riesgo de encontrárselo?

¿Qué habría hecho su abuelo?

Pensar en él le trajo otro recuerdo: la carta. El dichoso papel que había causado todo aquel revuelo. Sara cerró el grifo, salió de la ducha y encendió las luces. El reflejo de su cuerpo desnudo apareció en el espejo. Una mujer hermosa y madura la miraba de vuelta. Tal vez era hora de cerrar aquel ciclo y seguir adelante.

Se secó, se envolvió en la toalla y caminó hacia el salón. Como Castelo había dicho, la carta estaba dentro del baúl. Mezclada con los recuerdos de la infancia, un paquete colorido con su nombre escrito en el centro la aguardaba. Reconoció la letra de Vargas y, en el acto, la nostalgia pulsó con fuerza.

Abrazó su pesar y se deslizou hasta el suelo. Con la espalda apoyada en el baúl y las manos temblorosas, desempaquetó el bulto y encontró un sobre.

Sara,

Mi preciosa nieta.

Eres la prueba viva de que seguir luchando vale la pena. Cuando mi esposa y, después, tus padres se marcharon, mi existencia perdió el sentido. ¿De qué servía ganar dinero, tener posesiones, un nombre respetado, si la felicidad había desaparecido?

Sin embargo, al encontrarme con una niña dulce de ojos tristes y darme cuenta de cuál sería mi papel en tu vida, entendí que Dios me concedía otra oportunidad.

Fui extremadamente feliz desde entonces. Te crié con todo el amor que ya no pude ofrecer a los que perdí. Trabajé aún más para

garantizarte una vida segura. Sonreí y lloré a solas cuando la carga parecía demasiado pesada para un hombre viejo. Pero no me permití flaquear.

Una vez me preguntaste por qué no teníamos una familia grande. Respondí que la culpa era del tiempo. Fue la explicación más fácil que encontré.

En realidad, nosotros, los Tisiros, siempre hemos tenido miedo a las pérdidas. Miedo a las ausencias impuestas por el destino. A ver el corazón romperse, recoger los pedazos y correr el riesgo de verlo estallar de nuevo.

Por egoísmo, transformé nuestra familia en una extensión del trabajo. Incluso antes de la muerte de tu abuela, expulsé de nuestras vidas la idea de abundancia en hermanos, primos y parientes.

Perdóname, Sara. Hoy reconozco mi error. Si no les hubiera exigido tanto a tus padres, si no hubiera sobrecargado nuestra casa con metas y responsabilidades, tal vez habría más brazos para apoyarte ahora.

No repitas mis errores.

Sé ambiciosa cuando encuentres al hombre adecuado. Exige todo lo que desees.

Nunca fue mi intención dejarte sola. Creí que vencería al tiempo, pero subestimé a la enfermedad. Ella me robó el futuro, pero me permitió conservar el pasado; y los años a tu lado disiparon mi miedo a partir.

Como buen administrador, tomé decisiones en cuanto recibí el diagnóstico.

Siempre amaste el jardín. Al principio pensé que era cosa de niños. Con el tiempo, me di cuenta de que era tu vocación. Tus ojos brillaban entre las plantas. Ese brillo nunca apareció cuando hablábamos de Tisiros.

Allí no había pasión. Solo el deseo de enorgullecerme.

Podría haber sido honesto antes. Pero confié demasiado en el tiempo, y él no fue generoso.

Jamás me sentí menospreciado porque amaras las flores en lugar de las planillas. El corazón es soberano en esas elecciones. Yo nací para los negocios. Tú naciste para ser libre.

No permitiría que murieras poco a poco atrapada en un despacho sin vida.

Por eso, contraté a alguien en quien confío para ocupar mi lugar. No necesitas alejarte por completo si no quieres. Pero el peso del legado ya no recaerá sobre tus hombros.

Igor es decidido, ambicioso y valiente, como yo lo fui un día. Demostró profesionalidad y carácter. Sabes lo difícil que es para mí confiar nuestro patrimonio a alguien. Pero mis instintos nunca me han fallado.

Este es mi último deseo: sigue a tu corazón. Vive. Ama tus plantas. Sé feliz.

Desde donde esté, velaré por ti. Guiándote. Abrazándote. Anticipándome a tus pasos, porque sigo siendo bueno en las predicciones.

Ya te echo de menos.

Te quiero, mi adorada nieta.

P.D.: Cuando leas esta carta, habla con Castelo. Él sabrá qué hacer. Ah… tienes mi consentimiento respecto a Igor. Tal vez no lo entiendas ahora, pero recuerda: soy bueno en las predicciones.

Sara cerró los ojos, intentando escapar del torbellino de palabras. Vargas le había arrancado lágrimas densas. Se sentía como él la había descrito: con el corazón destrozado. El dolor se extendía por su cuerpo. Respirar se volvía difícil.

Apoyó la carta sobre su pecho frío y dejó que las palabras recorrieran su sangre. Él la conocía, tal vez mejor que ella misma. Se imaginó frente a su abuelo. Tocando su rostro arrugado. Ajustando sus gafas de lectura. Comprendió, entonces, el ciclo mencionado por Jonas. Ella había sido la energía que alimentaba a Vargas. Su tierra.

El entendimiento empezó a cobrar forma. Si no hubiera vivido tan aferrada a sus propias suposiciones, habría leído la carta antes. Igor todavía estaría allí. Tal vez la discusión habría existido, pero por otros motivos. Sí, Igor tenía su parte de culpa. Pero, envuelta en la toalla húmeda, incapaz de levantarse del suelo, Sara no podía evitar la sensación de que también ella era responsable.

Desde la muerte de sus padres, parecía cumplir una penitencia silenciosa. Boicot. La palabra resonó en sus pensamientos. «Merezco todo esto por ser débil». Confundida, dejó que su cuerpo se deslizara sobre la moqueta. Con la carta apretada entre los dedos, lloró hasta quedarse dormida.

Y, a lo lejos, el sonido de la guitarra llegaba desde el apartamento de arriba.



Capítulo 15

Sara despertó con el toque insistente del móvil. La música alta llenaba el salón silencioso, intensificando su dolor de cabeza. Seus músculos protestaban por haber dormido en el suelo. El día se imponía a través del sol que invadía la ventana abierta.

Con pasos torpes, se levantó sin importarle la toalla caída ni su cuerpo frío. Caminó hasta la ropa de la noche anterior y buscó el aparato en el bolsillo del pantalón. Aunque tenía los ojos hinchados de tanto llorar, identificó al intruso. Castelo había llamado varias veces. Igor también. Jonas. Tereza.

—Genial… me he convertido en el tema del momento —murmuró.

Rechazó la llamada y vio su reflejo en la pantalla oscura del televisor. No estaba mejor que el desastre que aún la consumía. Había alternativas: seguir lamentándose, huir de todos o seguir el consejo de su abuelo. Demasiado agotada para grandes decisiones, eligió una ducha.

Tras un aseo rápido, volvió al salón y recogió la carta del suelo. Decidió releerla. Tal vez doliera menos la segunda vez. El plan se vio interrumpido por un golpe en la puerta. La breve paz conquistada se evaporó. Solo de imaginar a Igor al otro lado de la madera, su corazón se despertó.

Caminó en silencio hasta la entrada. La incertidumbre la hizo aminorar el paso. Soltó un suspiro impaciente. Ya no era una niña. Tenía que enfrentar lo que fuera. Tal vez era hora de pedir disculpas. Liberarlo de cualquier responsabilidad. Abrió la puerta de un impulso.

Vacío.

Miró a los lados. Silencio absoluto. Dio un paso al frente y sintió bajo sus pies descalzos una superficie diferente. Rugosa. Bajó la mirada. El antiguo *Welcome* había sido sustituido por otro felpudo. La nueva frase decía:

Sigue las rosas.

Al lado, una única rosa colombiana. Las manos le temblaron. Una sonrisa boba surgió sin permiso. Recogió la flor y aspiró su aroma fresco. Unos pasos más adelante, otra rosa descansaba en el suelo. Sin pensarlo —o pensando exactamente con lo que importaba —, siguió el rastro rojo.

Las pétalos la guiaron escaleras arriba, por el pasillo de la planta superior, hasta el apartamento de Igor. Las dudas aún existían. El orgullo también. Pero el corazón hablaba más fuerte. Ella lo extrañaba. La tierra. Las pecas. Empujó la puerta entreabierta y entró.

El ramo crecía en sus brazos a medida que avanzaba. Observó el salón. Nada de reforma visible. Sofá, mesa con cuatro sillas, televisión, videoconsola… y la guitarra apoyada bajo la ventana. Sonrió al instrumento. Pero lo que su alma buscaba no era madera ni cuerdas. Era al hombre.

Pasó por la cocina, por el lavadero, hasta llegar a una puerta más estrecha. Subió los pequeños peldaños y se vio sorprendida por la claridad. El sol besó su piel. La energía estaba allí. El aroma también. Vivo. Palpable.

Las lágrimas brotaron sin resistencia. Un paso. Dos. El frío del suelo de cemento bajo sus pies. Entonces lo vio. Un jardín ocupaba

la pequeña terraza. Estructurado. Vivo. Pensado.

Sus párpados pesaron ante la plenitud. Abrazó el ramo y apoyó el rostro en las rosas.

—No era esta la reacción que esperaba —comentó Igor, observándola—. Después de lo que pasó… no sabía qué esperar.

Sara se permitió un minuto entero de posesión. De aquel lugar. De aquel hombre. La voz profunda. El traje azul. La corbata roja. La postura firme. La rosa prendida en la solapa. Levantó el rostro húmedo. El jardín era un sueño.

Piedrecitas blancas dibujaban el camino. Pasos de madera la llevaban directamente hasta él, parado en el centro, sosteniendo la última rosa colombiana. Igor la aguardaba con el pulso errático. Había decidido no rendirse. Jamás.

Se detuvieron a un suspiro de distancia. Él levantó su mano temblorosa y le entregó la última flor. Sara la unió a las demás. Igor tocó su piel. Las chispas que ella había dudado que existieran los recorrieron a ambos. «Entonces son reales», pensó.

—Lo siento… —susurró él.

—Yo también tengo la culpa. Si hubiera leído la carta antes… —su voz salió baja, casi pidiendo permiso a las plantas de alrededor.

—No, Sara. Yo debí ser honesto. Debí protegerte. Eso fue lo que me enseñó tu abuelo. Tuve miedo de perderte… y lo hice mal. —Él tocó su rostro. Observó la hinchazón de sus ojos y prometió, en silencio, no volver a ser nunca la causa de aquel dolor.

—Tal vez nunca nos pongamos de acuerdo sobre quién se equivocó más —murmuró ella, apoyando su rostro en la palma de él —. Pero eso ya no importa. No quiero luchar contra lo que siento. Mi abuelo me pidió que viviera. Que amara. Creo que ha llegado el momento.

Igor cerró los ojos por un instante, en una oración muda. —Gracias… —La tensión abandonó sus hombros. La tocaba como

quien confirma un milagro.

—¿Así que esta era la reforma secreta? —Sara giró despacio, absorbiendo cada detalle. Las macetas disputaban el espacio con follaje suspendido bajo el techo de madera calada. Un sofá con cojines del mismo color que su bolso amarillo ocupaba la esquina. Verde, rojo, texturas y vida. Armonía.

—Sí. Y antes de que lo pienses… no tiene que ver con el deseo de Vargas. Tiene que ver contigo. El día que mencionamos a tu abuelo, vi la tristeza en tu cara. Desde entonces, quise verte sonreír de nuevo. Este espacio estaba vacío. Sin vida. Como yo.

Ella lo miró fijamente. —¿Cómo has hecho todo esto?

—Estudié. Mucho. Marcão compraba las plantas durante el día. Yo las subía por la noche, después de salir de tu casa. Y… tuve una profesora excelente.

La sonrisa de ella iluminó la terraza. —¿Todavía crees que todo se resume a las rosas?

—No. Pero confieso que soy fan de estas rojitas.

Ella se rió. —Mi primer ramo.

—Prometo que no será el último. Y no siempre irá acompañado de disculpas. Durante todo el tiempo que me quieras, las rosas y los instrumentos llenarán este jardín… y nuestra vida. —Respiró hondo—. Eres mi rosa preferida, Sara. La única.

La botánica siempre había sido su refugio. Ciclos, renacimientos, estaciones. La mezcla de pérdidas, fuerza, imaginación y amor la había traído hasta allí. Su abuelo lo había previsto. Incluso eso. Desperdiciar una predicción de Vargas sería una tontería.

«Gracias, abuelo».

Con cuidado, Sara depositó el ramo sobre el banco cercano. Y, por fin, aceptó los besos hambrientos de Igor.

Fin!